

JUSTO LOPEZ MELUS

SIN VOLVER LA VISTA ATRÁS

(Veinte Testigos para el hombre de hoy)

Presentación por el Emmo. Cardenal de Toledo,
Primado de España.

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44
41003 SEVILLA

D.L.: B-38703-90

I.S.B.N.: 84-7693-095-X

Printed in Spain

Impreso en España por G.M.S. IBERICA, S.A.

c/ Poblet, 19-21, entlo. 5.^a - 08028 Barcelona

OFRENDA

*A mi padre, que murió de accidente
por realizar una doble obra de caridad.
A los cursillistas de Cristiandad.
A todos los hombres y mujeres que intentan
responder generosamente al llamamiento divino,
en una marcha sin retorno hacia Dios.*

PABLO VI Y LAS BIOGRAFIAS DE LOS SANTOS

... Las biografías de los santos, si en el pasado ofrecieron a la cultura popular y a la fantasía de la gente devota un alimento delicioso, pueden ofrecernos hoy a nosotros adiestrados en los estudios históricos y en la crítica psicológica, un museo de incomparables experiencias humanas y de ejemplos que incitan al mayor progreso posible en un auténtico perfeccionamiento moral y espiritual. Recordad: "Si éstos y éstas, ¿por qué no yo?..." (16-10-74)

... No podemos omitir aquí el elogio de las vidas de los santos, es decir, de la Hagiografía. Si todo estudio de la vida humana, considerada en su fenomenología existencial, es siempre interesantísimo, ¡cuántas ciencias, cuántas artes encuentran ahí su inagotable aliento!, qué interés, qué pasión debería atraernos al estudio de la hagiografía, es decir, de las vidas de los santos en los cuales esta materia de estudio, que es el rostro humano, revela secretos de riqueza, de aventura, de sufrimientos, de sabiduría, de dramatismo, en una palabra, de virtud, que no podemos encontrar con semejante vigor de experiencia y expresión, y finalmente de afirmación optimista, en ningún otro viviente, por dotado que esté, de cualidades extraordinarias. La palabra "edificación" es la palabra apropiada en este caso: el conocimiento de la vida de los santos es una edificación por excelencia. ¡Ojalá recordaran de este modo nuestros maestros del espíritu y de humanismo, nuestros educadores del pueblo, la prodigiosa y, podríamos decir, misteriosa eficacia pedagógica y formadora que extrae de la escuela de los santos la vocación y el arte de vivir bien, como auténticos hombres y como auténticos cristianos! (27-1-74).

... La Hagiografía tiene una gran importancia. Recordémoslo: para nosotros no es sólo una ciencia histórica y biográfica de los personajes célebres en la esfera religiosa, que llamamos santos o beatos; es, más bien, una escuela de perfección evangélica; es una nueva reflexión sobre su vida real, para descubrir en ella la fenomenología de la gracia de Dios, y sobre el ejercicio de las

virtudes en sus almas privilegiadas; es un estudio de excelentes modelos en la competición de seguir a Cristo, por lo cual san Pablo podía decir y repetir sin sombra alguna de vanidad: “sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo” (1 Cor 4,16;11,1). Estos, los electos, son los peldaños de la escalera que sube hacia Cristo y hacia Dios; peldaños que, en su nivel humano, también nosotros mismos esperamos de algún modo poder recorrer (6-7-75).

...En el Año Santo brilla de manera especial la nota de la santidad de la Iglesia: “la vocación universal a la santidad”, puesta de relieve por el concilio Vaticano II (LG.39,42) para todas las categorías de la Iglesia —obispos, sacerdotes, religiosos, laicos de cualquier clase y estado—, aparece admirablemente confirmada por estas figuras fuertes, humildes, desconocidas hasta ahora para la mayor parte, y, sin embargo, riquísimas en ejemplos estupendos, en reclamos validísimos, que nos las hacen cercanas, parecidas a nosotros, imitables, y nos sacuden con su compromiso de entrega generosa a Dios y a los hermanos.

...La Iglesia no cesa de engendrar hijos para Dios, que dan a conocer su nombre mediante el testimonio concreto y persuasivo de las virtudes teologales y cardinales.

La Iglesia despliega ante el mundo su secreto más profundo y vital, la corriente santificadora que la inunda totalmente, brotando del mismo Corazón de Dios Uno y Trino.

Y también el género humano queda ennoblecido y embellecido, porque continúa produciendo en su regazo modelos de humanidad acabada y fidelidad a la gracia, los cuales nos dicen que, a pesar de todo el bien existe, el bien actúa, el bien se difunde, aunque sea calladamente, y al fin supera con sus beneficiosos influjos el rumor ensordecedor, pero estéril y deprimente, del mal (1-11-75).

PRESENTACION

La vida cristiana invita constantemente a la plenitud de la fe y del amor. ¡Dichosos los que lo entienden así y se esfuerzan por aceptar la invitación con todas sus consecuencias!

Son los santos los héroes de la fidelidad y de la abnegación generosa. Tantos y tantos, a lo largo del tiempo, en esta Iglesia de Cristo, creadora de santos, y santa ella misma, porque lleva dentro de sí la santidad del Hijo de Dios, que la instituyó en la tierra, y de su Espíritu, que la fecunda sin cesar.

El autor de este libro, D. Justo López Melús, ha tenido una idea feliz, por varios motivos. Primero, porque nos ofrece, en apretada y preciosa síntesis, la vida de un reducido grupo de estos seguidores de Cristo, estén o no canonizados, que se han distinguido de modo egregio por su respuesta a la invitación y a la llamada. Son hombres y mujeres de ayer y de hoy, de diversa condición y estado, de distintas épocas y culturas, coincidentes todos ellos en la decisión que un día tomaron de subir hasta la cumbre. Con qué hermoso estilo va narrando el autor, y qué gran mérito el saber hacerlo en tan pocas páginas, la peripecia vital de cada uno de ellos hasta llegar a la plenitud deseada.

Segundo, porque este género de literatura religiosa cristiana está en nuestros días injustamente olvidado, torpemente olvidado. Precisamente cuando el Concilio Vaticano II, más que cualquier otro de la historia, nos ha exhortado a la santidad (véase el cap. V de la Constitución sobre la Iglesia), y cuando en el Pontificado de Pablo VI se han canonizado o beatificado más siervos de Dios que en cualquiera de los precedentes en la época moderna, se había extendido como un pesado silencio sobre el valor espiritual y pastoral de la lectura de las vidas de Santos. El autor presta, por ello, un servicio inestimable a los miembros diversos del pueblo de Dios al ofrecerles los ejemplos de estos hermanos suyos, y pone en manos de los pastores de almas y educadores de la fe y la piedad cristianas un instrumento aptísimo para ayudarles en su trabajo apostólico.

Bendigo de todo corazón el propósito tan noble que ha guiado a D. Justo López Melús, a quien estoy tan reconocido por su labor como Director Espiritual en el Seminario Mayor de Toledo, y deseo vivamente que el libro alcance la difusión que merece entre la juventud y las familias, en los ambientes laicales y en Seminarios y Noviciados. "No comprende nada de la historia del cristianismo quien ignora o menosprecia la presencia de los Santos" (Daniel Rops, en *A orillas de la plegaria*).

† *Marcelo*
Card. Arz. de Toledo
Prímado de España.

PROLOGO

“Lo más importante que he vivido en mi vida ha sido mi encuentro con Cristo. El es mi sustento y mi vida”
(Madre Teresa de Calcuta).

La historia de la salvación de todo ser humano se resume, en embrión, en esta aguda frase de Mauriac: “Cuando Jesús se evade del grupo de sus discípulos, sube al cielo y se disuelve en la luz, no se trata de una partida definitiva. Ya se ha emboscado en el recodo del camino que va de Jerusalén a Damasco, y acecha a Saulo, su perseguidor bienamado. A partir de entonces, en el destino de todo ser humano existirá ese mismo Dios al acecho”.

Efectivamente, *Dios al acecho*, en el destino de todo ser humano, en el recodo más inesperado del camino más retorcido de nuestra existencia. Hoy, igual que en el camino de Damasco. Igual que cuando Jesús anunciaba la Buena Noticia por los campos de Palestina. Sí, Dios a la espera, desde el alborar de nuestra vida, y no solamente, “Dios a la vista”, al caer de la tarde, como dicen que exclamó, al morir, Ortega y Gasset. “Durante treinta años, confirma Ferid Ed-Din Attar, anduve a la búsqueda de Dios, y cuando, al final de tanto tiempo, abrí los ojos, descubrí que era El el que me esperaba”.

* * *

Pido permiso para citar aquí otra vez a Nietzsche, como ya lo hice en el prólogo de mi primer libro (*Alternativa de valientes*, PPC-EDICABI, Madrid 1978). El testimonio del teutón es muy significativo, porque llega al colmo del absurdo y de la más supina ignorancia. Su principal agravio contra el cristianismo era el de haber anulado o querido anular el hermoso riesgo de la existencia. “Entre vuestros hombres buenos, barbotaba, hay muchas cosas que me desagradan. Yo querría que tuviesen una locura de la que pudiesen, y querría que esa locura se llamase Verdad o Fidelidad o Justicia. Pero su virtud consiste en vivir largo tiempo en una miserable satisfacción de sí mismo”.

No se pueden decir más estupideces en menos palabras. Unamuno, certeramente, lo calificaba así: “Y no vengamos a hombre como Nietzsche, porque sus calumnias gratuitas y absurdas contra el Cristo y el cristianismo, no han podido hallar acogida y ascenso más que entre personas profundamente ignorantes de lo que es y significa Cristo, y que jamás se han tomado la molestia de leer con detención los evangelios. El desdichado soñador llamó ladrón de energías al Cristo, que es quien más energías ha despertado en este mundo”. El desdichado soñador no conocía las “divinas impacencias” del de Asís, de Loyola, y de Javier, de la Madre Teresa y de Rosa de Lima, de José Gregorio y de “el Cura

Brochero". No conocía el arrojo y entrega hasta el martirio de Moro y de Foucauld, de Kolbe, de Edith Stein y del P. Pro, por citar sólo algunos de los incluidos en este libro. Ellos supieron amar y vivir la locura de la cruz.

* * *

"El catolicismo, afirma Bergson, ha producido en sus santos los tipos más acabados de la humanidad, más completos que los héroes o los sabios, más *edificantes* incluso en el sentido etimológico de la palabra, es decir, constructivos". El santo es como el fuego: calienta a todos cuantos se le acercan. Hace retroceder los límites de lo posible, porque allí donde nosotros no tenemos más que problemas, él tiene la solución.

Como dice Fresquet, "el santo es el más libre de los hombres. No le detiene ningún conformismo. ¡Qué error creer que el santo es un hombre dulzarrón y aburrido! Sus pasiones no quedan extinguidas, sino asumidas. Es un violento". Pero no es violento contra los demás. Santos son aquellos que dirigieron toda la agresividad contra sí mismos. La santidad, escribe Lavelle, "también ella es una pasión". Por eso, como afirma desgarradamente Lepp, "el mundo no estará verdaderamente en la vía que quiere para él el Creador, mientras los santos no sean revolucionarios y los revolucionarios santos".

Santo Tomás de Aquino confirma la idea diciendo que "el hacer el bien con pasión vale más que hacerlo fríamente y por puro cálculo". Sí, el Espíritu regala el fuego. Pero la colaboración, la materia prima, el combustible, lo ha de prestar el hombre. Porque, como explica Pemán, "Dios es tan respetuoso con la naturaleza y con la libertad que sus golpes luminosos no los regala nunca a los pasivos, sino que los inserta en los itinerarios dialécticos de los activos y entusiastas". Teilhard de Chardin corrobora: "Encontrar la voluntad de Dios no es un hallazgo inmediato ni una actitud pasiva".

* * *

Santiago el Menor escribe: "Élías no era más que un hombre, sujeto a las mismas miserias que nosotros" (Sant 5.17). Por haber escrito esto, Santiago debería ser el Patrono de la hagiografía. No sobresalen en todo los santos. Tienen a veces sus puntos flacos también. "Un santo tiene más o menos la altura que otro hombre. Lo que varía es el tono, la música que pone a su vida, el estilo de su actuación" (Javierre).

Los santos no nacen. Se van haciendo poco a poco —"golpe a golpe, verso a verso"— mientras se abren a la luz del Espíritu y al fuego del Amor. Y se convierten en cimas gigantes que imponen respeto y atraen a la vez. "Se comprende la timidez respetuosa, pero al mismo tiempo la atracción misteriosa que experimenta el creyente ante estas figuras poderosas y entrañables" (Guardini). Son también para el hombre una consoladora reserva de estímulo, ante tantas limitaciones y fracasos. "Hagamos lo posible para demostrar que el hombre no es el mayor error de la creación" (Tagore). Pues bien, estos hombres, con su existencia auténtica, lo demuestran.

La vida de los santos es el mejor comentario del Evangelio, un reflejo maravilloso que ilumina las distintas parcelas de la vida. Se llenaron de luz, eliminaron de su vida toda opacidad, se volvieron transparentes y compartieron esa luz con los hermanos. "El que no escucha a Dios no tiene nada que decir al

mundo" (von Balthasar). Pero los santos lo escucharon y nos transmitieron su vivencia. Un niño contemplaba las figuras de unos santos en las vidrieras de una catedral, iluminadas por el sol. Cuando luego le preguntaron qué era un santo, dió, sin darse cuenta, una maravillosa respuesta: "Un santo es un hombre por donde pasa la luz". Luz que hay que recibir y, agradecidos, pasarla a los demás, por los medios más inverosímiles. "Por un verso de Rimbaud se empieza a convertir Claudel. Y luego, por un verso de Claudel, se convierte James. La antorcha olímpica de la fe se va pasando y relevando de verso en verso" (Peman).

Billet afirmaba: "Acontece con los santos lo que en los Sacramentos: son para uso de los hombres. Jesucristo los ha instituido para producir o aumentar en nosotros la gracia y contribuir de este modo a nuestra santificación". Añadamos que no puede dejarnos insensibles el contacto con ellos. En primer lugar el contacto con su vida. "Lo que pueda decirnos un teólogo que no sea hombre de Dios, nos tiene sin cuidado" (Corts Grau). Luego, con sus escritos. "Los escritos de Fray Juan de la Cruz son como los granos de pimienta, que dan calor y despiertan el apetito" (P. Doria). Y con sus gestos también. "Desde el calvario no se habían oído gemidos iguales", dice un autor protestante con referencia a Santa Teresa. Por nuestra parte debemos desmentir a Cox cuando opina que "la memoria de los santos sirve más frecuentemente para obligarnos a la conformidad que para invitarnos a la creatividad". "Somos hijos de los santos y debemos seguir sus huellas" (Tob 2,18).

• • •

Nadie debe asustarse al oír las palabras *santo* y *santidad*. Jesús ordena la aspiración universal a la santidad (Mt 5,48). Pero San Pablo llama santos a todos los cristianos. A todos los que toman en serio el cristianismo. Ser santo es intentar seriamente: adecuar la propia voluntad a la divina, sustituir los criterios propios por los criterios evangélicos, realizar los gestos y acciones de Jesús. Es, dice Chiara Lubich, "caminar por el rayo" que la luz divina asigna a cada hombre.

Santo no es propiamente el que protagoniza acciones extraordinarias, sino el que realiza extraordinariamente las ordinarias. Ser santo no es hacer rarezas. Es cierto que el santo, el justo "es censor de nuestra conducta y su sola vista nos molesta, pues su vida disuena de las otras y son muy distintos sus caminos" (Sab 2,14-15). Es cierto que "el auténtico cristianismo, la santidad, penetra y forma la personalidad entera, el carácter, el pensamiento, cada gesto, cada movimiento: al verdadero cristiano se le puede reconocer hasta en la manera de subir a un árbol" (Guardini). Pero su distinción está más bien en el modo, en la calidad. Los verdaderos cristianos no se distinguen mucho de los demás, y sin embargo, dentro de ellos, llevan un secreto. "Deben penetrar en todas las dimensiones horizontales de la vida, pero como testigos de la dimensión vertical" (Schillebeckx), como peregrinos de lo absoluto.

Los santos, afirma Voillaume, constituyen un perpetuo interrogante, porque llevan en medio de ellos la presencia del Gran Invisible. Como Moisés, que "como si viera al Invisible, perseveró firme en su propósito" (Hb 11,27). "Los santos no se dejan contaminar por lo vulgar. Mantienen una tensión constante". "Los santos han conservado siempre la juventud en su deseo metafísico: la

novedad, la frescura, la sinceridad, el santo apetito" (Péguy). Los santos son seres insatisfechos. Siempre aspiran a más. No vale para ello la reflexión de Marcel: "Entre la satisfacción y la muerte existe un estrecho parentesco. El ser satisfecho está ya en estado de putrefacción". Porque estar satisfecho es no aspirar a más. No aspirar a más es aburrirse. Y "aburrirse es besar a la muerte" (Gómez de la Serna). Ahora bien, los santos están más cerca que nadie de la fuente de la vida.

* * *

La santidad no se compagina con caras largas ni ceños fruncidos. Por el contrario, "la alegría puede convertirse en caridad exquisita, cuando se comunica a los demás", dijo el Papa sonriente, Juan Pablo I. Los santos son alegres. "Un santo triste es un triste santo" (Santa Teresa). En realidad son los únicos que tienen el secreto de la "perfecta alegría" de que habla San Francisco de Asís. "La santidad es buscar cruz, y no los deleites y consuelos de Dios" (San Juan de Avila). Pero llevar la cruz con el Señor no tiene nada que ver con la tristeza, ya que, como afirma el intransigente León Bloy, "sólo hay una tristeza: no ser santos". No ser santos, no intentarlo, es también una locura, como dice donosamente el poeta del siglo XV, Fray Pedro de los Reyes: "¿Qué hago, en qué me ocupo, en qué me encanto?/¡Loco debo de ser, pues no soy santo!"

Los santos son hombres de hoy. Contemporáneos nuestros. Que no se ha agotado la vena de la Gracia divina ni el soplo del Espíritu. Los santos son seres enamorados. Y por tanto, muy sensibles. Cuidan los detalles. Hilan fino. "Eso son los santos: hombres de precisión, seres de alta fidelidad, que saben captar matices infinitesimales, mínimos, que escapan a los que tienen una conciencia vulgar, hecha para lo grueso". Porque para los enamorados todos los detalles son significantes. "Amor se escribe con h, porque la h es superflua y lo superfluo es lo más importante para el amor" (Cabodeviilla). Idea que confirma P. de Loch: "Sólo los cristianos mediocres son capaces de imaginar que hay muchas cosas sin importancia". Gheorghiu insiste: "El santo es un *philokalos*, un enamorado de lo bello, pues Dios es la suprema belleza".

Hay que recuperar la práctica saludable de la lectura de vidas de santos. Carlyle decía: "Las biografías, por su naturaleza, constituyen la lectura más provechosa y más universalmente grata de todas, especialmente las de los hombres ilustres". Meléndez Valdés afirmaba de sus libros: "Siempre maestros de mi vida, siempre fieles amigos". Y Prévost corrobora: "El hallazgo afortunado de un buen libro puede cambiar el destino de un alma". Ahora bien, nadie tan egregio ni tan buen maestro, como un santo, ni mejor libro para influir en el destino de un hombre que la vida de un santo. Con razón decía Pío XII que "los santos son siempre el honor de su madre la Iglesia, porque irradian a la humanidad entera un influjo en gran manera bienhechor". Y con mucho acierto preguntaba un director espiritual a su dirigido cuando acudía a él con dudas de fe: "¿Cuánto tiempo hace que no lees la vida de algún santo?"

¡Cuántas veces en la vida de los hombres, en momentos de entusiasmo, se ha pronunciado *el sí* de la entrega al Señor, se han suscrito compromisos y fidelidades que parecían irrevocables, y luego todo se ha evaporado como pompas de jabón! Ante cualquier contratiempo, cuántas vacilaciones, cuántas

apostasias mayores o menores, cuánto volver la vista atrás, en contra de lo que ordena el Evangelio, cuántos retornos.

Los ejemplos recogidos en este libro nos muestran ejemplarmente lo contrario. Son hombres y mujeres que descubrieron el llamamiento de Dios y se entregaron a El irreversiblemente. Quemaron las naves, como Hernán Cortés, en el litoral mexicano de Veracruz, para cortarse toda posibilidad de retroceso. Como "los quince de la fama", ante el desafío de Pizarro en las costas del Perú, dejaron el costado de la mediocridad, cruzaron la raya, y se lanzaron a la aventura, apoyados en la fuerza de Dios.

Ese es el sentido del título del libro. Sin volver... atrás. Abandono de las seguridades humanas, para embarcarse en la aventura de Dios. Podía titularse también *Punto sin retorno*. Que es el momento preciso en que ciertos aparatos alcanzan tal velocidad que ya es imposible detenerlos, y el piloto no tiene otra opción que lanzarse a la altura. Es decir, paso irreversible. Decisión irrevocable. Rumbo nuevo. Punto y aparte. Borrón y cuenta nueva de estos hombres y mujeres, generosos e intrépidos. Este aspecto fundamental es el que aquí se quiere subrayar. Y junto a este hecho, y como consecuencia de él, se aprovecha para apuntar los rasgos más decisivos de su vida y el núcleo más medular de su mensaje.

La selección se ha hecho con amplio criterio. Hombres y mujeres del Viejo y del Nuevo Continente. De diversas épocas. Unos canonizados, otros no. Sacerdotes, religiosos, padres y madres de familia. Humildes y encumbrados. Abogados, médicos y profesores. Comerciantes y obreros. Aventureros. Y una artista. "Solamente el cristianismo, decía ya Orígenes, ha sabido transformar y elevar artesanos y pobres, a quienes jamás había mirado la filosofía, hacia las más altas virtudes". Y Pouget añade: "El cristianismo es la más terrible de las democracias. Y el barrendero está invitado a escalar las mismas cumbres que el teólogo". Pues los primeros pueden llegar a ser los últimos y los últimos recibir la misma remuneración que los primeros.

* * *

Van aquí concentradas muchas horas de lectura y reflexión, con el deseo de ahorrarlas a los demás y poder ofrecerles lo esencial del mensaje de estas vidas para el hombre de hoy, "la flor de harina" (Sal 81,17 y 147,14), los gestos ejemplares de esta "nube de testigos que nos envuelve" (Heb 12,1), como estímulo y permanente interpelación.

Es verdad que "lo que nos dicen los libros vale menos que un minuto de experiencia personal". Pero, en nuestro deseo de "ayudar, si siquiera sea por un momento, el vuelo de sola un alma", creemos que podría ser útil este libro, estos veinte mensajes preclaros, para muchos lectores, jóvenes y mayores, que no tienen ocasión, tiempo o facilidades, para leerlos por separado, insertos como están muchas veces en gruesos volúmenes. Sería una manera de conectar con estos hombres y mujeres insignes, estos amigos de Dios y nuestros, que tanto pueden orientarnos en nuestro caminar. Sería una lástima desconocerlos. Su trato y amistad será una compañía grata, luminosa y fecunda.



EL VARON QUE TIENE CORAZON DE LIS

“La lucha de un santo no tiene por objeto destruir su cuerpo carnal. Dios no quiere que la vida de los santos sea desgarrada por un dualismo entre el alma y el cuerpo. Por el contrario, el objetivo de los santos es destruir el muro de la enemistad y discordia que separa el alma del cuerpo. La ascesis de los santos tiene por objeto la pacificación armoniosa del *ego* y, como explica San Gregorio de Nicea, cuando el muro del mal haya sido derruido, el alma y el cuerpo se fundirán en una armonía superior, porque si Dios es simple, sin composición ni forma, el hombre debe también retornar al Bien, hacerse simple y puro, para convertirse verdaderamente en *Uno* por medio de esta pacificación entre cuerpo y alma” (Gheorghiu). San Francisco de Asís había destruido el muro de la discordia que separa el cuerpo y el alma y ahora se fundían ya en una armonía superior. Había logrado la pacificación armoniosa de su persona. Ya no había dicotomías paralizantes para él. “Para permanecer sentado junto al fuego, dice Wiechert, hay que haber expulsado a los demonios del corazón. Si no, nos provocan en cada llama”. Pero Francisco los había expulsado. El Espíritu del Señor le poseía. Por eso no se turbaba ni se irritaba, ya que la turbación y la irritación son signos de una secreta posesión de sí. Sufrió tensiones, pero, en medio de ellas, conservaba la paz.



Francisco de Asís “trajo al mundo una nueva primavera”, dice la Leyenda de los Tres Compañeros, escrita poco después de la muerte del Santo por tres de sus primeros discípulos. Una nueva y perenne primavera podíamos añadir, pues su mensaje sigue fresco y lozano después de ocho siglos, y seguirá sin marchitarse, ya que hunde sus raíces en las fuentes más limpias y puras del Evangelio. “Francisco, sigue la antigua Leyenda, nació con luz nueva y refulgente, como lucero y estrella matutina y, lo que es más, como sol que inflama el mundo, lo purifica y fecunda. Como un sol iluminó, con palabra y ejemplo, la tierra, que se encontraba aterida bajo el invierno de la frialdad, de la oscuridad y de la esterilidad. La iluminó con los fulgores de la verdad y con el fuego de la caridad, y con el múltiple fruto de sus virtudes”.

El pueblo intuyó pronto la grandeza del alma de Francisco. Le llamó “otro Cristo, el Caballero de Cristo, el Cristo de la Edad Media”. Lope de Vega lo apellida “Alférez y Lugarteniente de Cristo”. Para Isabel la Católica “fue

patriarca de los pobres y alférez maravilloso de Nuestro Señor Jesucristo, padre otrosí mío y muy amado y especial abogado". Según Menéndez y Pelayo, "fue poeta en todos los actos de su vida". Después de recibir la impresión de las llagas en el monte Alverna, era "una sola cosa paciente y redentora con Cristo" (Claudel). Como afirma Lippert, "vivir fue para Francisco derramarse y desbordarse, dar sin contar, liberar, fecundar y conquistar.

Podemos afirmar que Francisco amó la luz como pocos hombres la han amado. El mismo fue luz. Fue un verdadero *Oriente*. "En la pendiente del Subasio, cantaba Dante, donde la cuesta se torna más suave, nació al mundo un sol. Quien quiera pues hablar de este lugar no diga Asís, sería poco decir: diga Oriente". La Madre Basilea Schlink, seguidora desde el protestantismo, como los monjes de Taizé, de los Consejos evangélicos, dice de San Francisco: "Era tan bienaventurado, que ya en la tierra vivía en el cielo, como un juglar gozoso, que no invitaba ascéticamente a los hombres a los caminos de la renuncia, sino a la libertad de los hijos de Dios, a quienes guía su Espíritu". El poco sospechoso Renán dice de él que hizo la mayor revolución de los siglos, después del cristianismo. El propio Francisco se presenta a sí mismo como el humilde Herald y Pregonero del gran Rey. Rubén Darío lo retrata en aquellos hermosos versos con que empieza los motivos del lobo:

El varón que tiene corazón de lis,
alma de querube, lengua celestial
el mínimo y dulce Francisco de Asís. . .

También el arte encontró en el Pobrecito de Asís tema para la más alta inspiración. Baste recordar, por poner dos ejemplos españoles, la tabla de Murillo que representa a Cristo Crucificado abrazando al Santo, y la maravillosa estatua que talló en madera Pedro de Mena, en que San Francisco, erguido y estático, anuncia, bajo los arcos góticos de la Catedral de Toledo y con el solo fulgor de su mirada, todo el mensaje de amor y de sencillez que trajo al mundo el franciscanismo. Famoso es también el cuadro Desposorios de San Francisco con la Dama Pobreza, de la Escuela Florentina, cuadro que hace alusión al poema alegórico o especie de "auto sacramental" titulado Alianza de San Francisco con Dama Pobreza.

La vida de Francisco es escasa en años, pero muy rica en contenido. Nace en Asís entre 1181 y 1182, y muere en la misma ciudad el 1226, a los 44 años de edad. Tomás de Celano, discípulo suyo y su primer biógrafo, nos da una apretada semblanza espiritual de Francisco. "¡Oh, y cuán hermoso y atractivo y aureolado de gloria se mostraba con la inocencia de su vida, con la sencillez de las palabras, con la pureza de corazón, con el amor de Dios, con la caridad fraterna, con la obediencia incondicional, con el afectuoso trato, con su aspecto casi angélico!

Reposado en el obrar, obsequioso por naturaleza, afable en la conversación, comedido en los avisos, fidelísimo en los compromisos, previsor en los consejos, constante en las obligaciones y en todo lleno de gracia. Sereno en la inteligencia, dulce en el ánimo, sobrio en el espíritu, absorto en la contemplación, asiduo en las oraciones y siempre fervoroso. Constante en el buen propósito, firme en la virtud, perseverante en la gracia y en todas las ocasiones siempre el mismo. Prontísimo en el perdonar, tardío en el airarse, de ingenio elevado,

de privilegiada memoria, sutil en la discusión, circunspecto en la elección y en todo sencillísimo. Riguroso consigo mismo, compasivo con los demás y siempre discreto. Sumamente expresivo, rostro alegre, aspecto benigno, diligente e incapaz de arrogancia. Era el más santo entre los santos, y entre los pecadores reputábase uno de ellos”.

* * *

Aquí intentaremos resumir cómo se prepara su conversión, para resaltar luego su *encuentro definitivo* con Cristo y las consecuencias que de él se siguieron.

Tuvo por padre a Pedro Bernardone, mercader dado por entero a los intereses terrenales. En cambio su madre, por nombre Monna Pica, fue una mujer honestísima, según los biógrafos. Llevó Francisco una vida disipada hasta los 24 años. “Organizador de francachelas y ganoso de aplausos, esforzabase en sobrepujar a los demás en el fausto de la gloria mundana. Sobresalía en los juegos, en los pasatiempos, en las risas y palabras vanas, en los cantares, en los vestidos muelles y lujosos”.

Sucedióle entonces la primera llamada del Señor, por medio de una larga enfermedad, que le ayudó a reflexionar de modo muy distinto del que lo hacía antes. Una vez repuesto, sale a pasear por los campos y se sorprende grandemente del *cambio radical* operado en él, pues ya no encontraba gusto en ninguno de sus afanes anteriores. “Desde aquel día empezó a tenerse por vil y despreciable, y lo que antes había sido objeto de su estima y afición, creyólo ahora digno de menosprecio”.

Pronto olvida la llamada de Dios, y vuelve a las andanzas, en busca de honores y glorias. Pero el Señor, “que antes le visitara con mano fuerte, visitóle ahora en sueños con la dulcedumbre de su gracia, y porque era ambicioso de gloria, quiso reducirle con el aliciente de la gloria misma”, proponiéndole metas mucho más altas. Es el segundo llamamiento del Señor. Abandona entonces sus afanes de gloria mundana y consagra sus deseos y su voluntad a las cosas divinas. “Por eso, apartándose al poco tiempo del ruido del mundo y del fárrago de los negocios, dirige todo su anhelo a copiar en su interior a Jesucristo”.

Su padre quería que Francisco le siguiera en el negocio y hacer de él un buen comerciante de paños. Pero un buen día, entrando Francisco para hacer oración en la iglesia casi arruinada de San Damián, oyó que la imagen del Santo Cristo le hablaba llamándole por su propio nombre: “Francisco, ve y repara mi iglesia que, como ves, amenaza ruina”. El amable biógrafo, Tomás de Celano, habla de la impresión vivísima que esta escena debió causar en el alma de Francisco: “De tal suerte quedó grabada en su alma la compasión del Crucificado, que muy piadosamente puede creerse que las sagradas Llagas de la pasión quedaron muy profundamente impresas en su espíritu antes que lo estuvieran en la carne”.

El cerco se va estrechando. Era la tercera llamada de Dios. Francisco toma al pie de la letra las palabras del Crucificado, vende las mercancías y el caballo, y va a entregar el dinero para la Iglesia de San Damián. El mismo se queda para repararla y vivir allí. “Perfecto despreciador de la riqueza, se desprende de todo el dinero, como si fuese polvo despreciable. Todo su deseo se cifra

en poseer la verdadera sabiduría, mucho más preciosa que el oro, y en adquirir la prudencia, más estimable que la plata”.

Monta en cólera su padre al conocer los pasos de su hijo, y le busca hasta encontrarle. Le encierra en casa para hacerle recapacitar. Pero Francisco no cede en su propósito. Al contrario, tira por la ventana a la calle los paños almacenados para la venta. Marcha luego de casa con ayuda de su madre. De nuevo lo encuentra su padre, y entre denuestos e improperios, le arrastra ante el Obispo de la ciudad para que renunciase públicamente a su herencia y devolviera todo lo que tenía.

Entonces, en presencia de la multitud que había acudido a presenciar la escena, pronunció Francisco aquellas memorables palabras: “En adelante podré decir con toda libertad: Padre nuestro que estás en los cielos. No padre Pedro Bernardone, pues a éste, como veis le devuelto no sólo el dinero, sino aun todos mis vestidos. Desnudo me entregaré en manos del Señor”. Era ésta la *entrega definitiva* de Francisco a su Señor, la respuesta generosa al divino llamamiento. Tenía entonces 24 años. Nunca volvería la vista atrás. Era la *marcha sin retorno*.

* * *

Los planes de Dios sobre su siervo, la inclinación de Francisco al desprendimiento y a la pobreza, se iban aclarando cada día más. Pero la *confirmación definitiva* de su vocación específica tiene un momento concreto y una fecha exacta: el 24 de febrero de 1208, fiesta entonces del apóstol San Matías. Entró ese día Francisco en la iglesia de la Porciúncula, que acababa de reparar, y que estaba dedicada a la Virgen María, a quien tenía gran devoción, y oyó leer el Evangelio que relata la manera como el Señor envió a sus discípulos a predicar la palabra divina. Al oír el Santo que los servidores de Cristo no debían poseer oro ni plata, ni dinero, ni llevar en sus viajes alforja, ni saco, ni provisión ni bastón en qué apoyarse, ni usar calzado, ni dos vestidos... exclamó: “Esto es lo que yo quería, esto es lo que yo buscaba, y esto con todo mi corazón deseo cumplir”. Y se decidió a abrazar la vida evangélica al pie de la letra, y a seguir en todo los pasos de Nuestro Señor.

Este es el mensaje, este es el ejemplo imperecedero de San Francisco de Asís: reproducir en todo lo posible la vida de Jesucristo. “La palabra de Dios es el maná escondido de las mil fragancias”, hace decir a San Francisco, Eloi Leclerc, en su hermoso libro sobre el Santo, lleno de ternura y de lirismo, *Sabiduría de un pobre*. Pero como “el hombre no sabe verdaderamente más que lo que experimenta”, San Francisco se entregó de lleno a vivir su misión. “Conocía ser mejor obrar las cosas perfectas que encomiarlas, y darles siempre cumplimento, no ya con palabras, que no hacen el bien, aunque lo publican, sino con santas obras” (Celano). Decía frecuentemente Francisco: “Tanta ciencia posee el hombre, cuantos trabajos ejecuta, y en tanto un religioso es buen orador, cuanto más se ejercita en el trabajo, pues el árbol se conoce por el fruto”. Por eso no admitió en la Orden al “hermano Mosca, que ni oraba ni trabajaba, y sólo pensaba en cuidarse bien y en vivir como un zángano a costa de las abejas obreras”, como se dice en el Espejo de Perfección. Pues, como afirma Santa Teresa, “no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho, y así lo que más os despertare amar, eso haced”.

“Yo, fray Francisco, pequeñuelo, quiero seguir la vida y pobreza del Altísimo Nuestro Señor Jesucristo y de su Madre Santísima y perseverar en ella hasta el fin”, dice el Testamento de San Francisco para Santa Clara. “La suprema aspiración, afirma Celano, el más vehemente deseo y el más eficaz propósito de nuestro bienaventurado Francisco era guardar en todo y por todo el Santo Evangelio, y seguir e imitar con toda perfección y solícita vigilancia los pasos y doctrinas de Jesucristo Nuestro Señor. Con asidua meditación recordaba sus divinas palabras y con sagaz penetración consideraba sus obras”. “Creo, sigue Celano, que el bienaventurado Francisco es un reflejo santísimo de la Santidad del Señor e imagen de su perfección”. Francisco dijo en su Testamento: “El mismo Dios me reveló que debía vivir según la forma del santo Evangelio”.

* * *

Las Florecillas, ese tesoro literario que refleja el clima inigualable y único que se creó alrededor de la vida de San Francisco, empiezan así: “Primeramente es de advertir que el glorioso Padre San Francisco en todos los hechos de su vida fue conforme a Jesucristo. Porque así como Cristo al principio de su predicación eligió doce apóstoles que, despreciando todo lo mundano, le siguieron en la pobreza y en las demás virtudes, también San Francisco escogió, al principio de la fundación de la Orden, doce compañeros que profesaron altísima pobreza”.

Hay en Asís una capilla, que antes fue un establo, con una hermosa leyenda. Se cuenta que la madre de Francisco no conseguía dar a luz al niño. Un misterioso peregrino aconsejó llevarla a un establo. Y en el establo se verificó sin dolor el nacimiento de aquél que en todo debía asemejarse al Salvador. Una inscripción de la capilla dice así: “Esta capilla fue en otro tiempo establo para el buey y el asno. Aquí Francisco, espejo del mundo, vio la luz del día”. Y en el Espejo de Perfección se relata que, queriendo imitar en su muerte a su Señor y Maestro, como le había imitado en vida, mandó que le trajesen algunos panes, los bendijo y repartió a cada uno su parte, mandando que la comieran toda. “Afanosamente buscaba y devotamente deseaba, afirma Celano, dar con la manera más a propósito, con el medio más adecuado, para entregarse con más encendido anhelo al Señor y unirse a El más perfectamente, según el consejo y beneplácito de su voluntad”.

“Cristo, continúan las Florecillas, prometió renovar su vida y pasión en un hombre, en el pobre y mendigo Francisco, cuyo ejemplo y doctrina reduciría a muchos en todas partes al camino de la verdad y la penitencia. De igual modo la Madre de Cristo prometió renovar su humildad y pureza virginal, en una mujer, en la hermana Clara, de suerte que con su ejemplo conquistase muchos millares de mujeres”.

En su afán de imitar más a Nuestro Señor descubre la entrañable devoción del “Pesebre” para la noche de Navidad, tres años antes de morir, en el pueblecito de Greccio. Ningún teólogo ha enseñado tanta teología, asegura Celano, como el hijo de Pedro Bernardone con el procedimiento vulgar y genial a la vez del “Pesebre”. Su devoción a la Eucaristía era inenarrable. Y en premio a su ternísima devoción a la Cruz y Pasión del Señor recibió la impresión de las llagas.

Este mismo afán de imitar al Señor recomienda San Francisco a sus discípulos. El capítulo primero de la Primera Regla se expresa así: "La regla y vida de estos frailes es ésta. conviene a saber: vivir en obediencia, en castidad y sin propio, y seguir la doctrina y vida de Nuestro Señor Jesucristo". El capítulo sexto termina así: "Y ninguno se llame *prior*, más generalmente todos se llamen *hermanos* o *frailes menores*, y los unos laven los pies a los otros".

"Su amor para con la bienaventurada Madre de Cristo, afirma San Buenaventura, era realmente indecible, pues nacía en su corazón al considerar que Ella había convertido en hermano nuestro al mismo Rey y Señor de la gloria, y que por Ella habíamos merecido alcanzar la divina misericordia. En María, después de Cristo, tenía puesta toda su confianza". Este amor lo extendía a los ángeles, a los santos, y a todos los hombres. Lo ampliaba incluso a los animales y hablaba con cariño a las avejillas, cigarras, faisanes, alondras, halcones y al lobo de Gubbio. Se sentía como fundido y hermanado con toda la naturaleza. Y en el Cántico del Hermano Sol o Cántico de las Criaturas, llama hermanos al sol, a la luna y a las estrellas, al viento, al agua y al fuego, a la madre tierra y a la muerte corporal.

* * *

El Cántico de las criaturas, afirma Chesterton, "es una obra eminentemente característica, y con sólo ella se podría recompensar casi por completo a San Francisco". Toda la originalidad de la experiencia religiosa de Francisco deriva precisamente, según Max Scheler, de la síntesis que supo realizar entre estas dos dimensiones: la de la mística evangélica más íntima y personal, y la de la mística cósmica más entusiasta. Era un maestro consumado en reconciliar los opuestos, en restaurar la paz, en crear armonía entre trascendencia y comunión, entre cosmos y Psique, entre eros y ágape. "Andaba con respeto sobre las piedras, recuerda Celano, por consideración al que se llama Piedra".

Amante de la naturaleza, todas las cosas eran para él signos, es decir, "acontecimientos con lenguaje". En el Cántico de las criaturas "las cosas hablan el lenguaje de lo esencial y de lo eterno. La estética y la ontología se juntan. En el esplendor de lo simple brilla la luz del ser que es el alba de lo Sagrado. La cosa más humilde deviene anunciación" (E. Leclerc). Bellamente lo glosa Mircea Eliade: "El símbolo, el mito, la imagen pertenecen a la substancia de la vida espiritual. El poder y la misión de las imágenes está en mostrar todo lo que permanece refractario al concepto".

* * *

Del ramillete de virtudes que Francisco practicaba y recomendaba, merecen destacarse las que más se conforman con el ideal evangélico. Predicación ardiente: "Era su palabra como dardo encendido y agudo que penetraba lo más hondo del corazón y llenaba de pasmo las inteligencias. Todo él parecía como transformado" (Celano). El Señor os dé su paz, repetía sin cesar. Los frutos fueron copiosos, y así, "en breve tiempo, se transformó el aspecto moral de toda la comarca", de modo que, "con sus miradas fijas en la tierra, sus pensamientos se dirigían al cielo".

Era extremada su delicadeza con los enfermos, como cuando besa a un leproso y come con otro enfermo unos racimos de uvas para ayudarle a vencer

el reparo que sentía de hacerlo solo. Grande era su humildad, y así renuncia al oficio de Prelado y a ser ordenado sacerdote, para el que pedía a sus frailes gran respeto y veneración.

En la Regla manda a sus frailes que practiquen la hospitalidad: "cualquiera que a ellos viniere, amigo o enemigo, ladrón o salteador, con benignidad sea recibido". Les recomienda la alegría: "Y guárdense de aparecer tristes, ceñudos o hipócritas, antes muéstrense contentos en el Señor, alegres y religiosamente graciosos". A este respecto, vale la pena recordar la maravillosa página de las Florecillas, en que Francisco habla con Fray León, ovejita de Dios, sobre la perfecta alegría.

Pide al súbdito, obediencia, aun cuando viere que su prelado no le aconseja lo mejor. Le recomienda prudencia en el hablar y que evite la natural propensión a excusarse. Le aconseja que no se altere ni enoje sin caridad, cuando ve faltar a otros y que sufra con paciencia cuando le hieren los que mejor lo deberían tratar. Además, mucha sinceridad: "Porque cuanto es el hombre delante de Dios, tanto es y no más". La oración, por encima de todo: "Pláceme, dice en carta a San Antonio que leas a los frailes la Sagrada Teología, cuidando sin embargo, que por este estudio no se apague el espíritu de la oración, según se contiene en la regla".

En lugar muy destacado hay que colocar la pobreza, con la que el Pobrecillo de Asís celebró sus desposorios místicos. En el Espejo de Perfección previene a sus frailes contra los edificios nobles y ricos, siente vergüenza ante otros más pobres que él, que no habían hecho voto de pobreza, y les prohíbe que se preocupasen del día de mañana. "Súbese, decía el Santo, más fácilmente al cielo desde una choza que desde un palacio". "Temo que el demonio se haya introducido en esta almohada sobre la que reclino la cabeza", decía cuando le proporcionaron una por estar delicado, al recordar que el Señor no tenía dónde reclinar la cabeza. Ordenaba a sus religiosos que tuviesen pocos libros, y éstos en común. A un novicio que le insistía a que le permitiese poseer un salterio, le contestó: "Después que tuvieses el salterio, desearás y querrás tener un breviario, y una vez obtenido el breviario, pensarás ya que eres un gran prelado y dirás a tu hermano: Tráeme el breviario". Tampoco les permitía tener alguna caballería ni ir a caballo, que era entonces signo de riqueza.

La actitud de Francisco ante la pobreza nos recuerda la de aquel antiguo filósofo que se deleitaba contemplando los objetos más valiosos y codiciables de su tiempo, mientras decía: Quantis non egeo! ¡Qué pocas cosas necesito, cuántas cosas me sobran! Recuerda también la actitud del discípulo predilecto de Gandhi, Vinoba. Vinoba sólo tenía una manta: de noche para el frío, de día para el sol y la lluvia y de alfombra para los visitantes. "San Francisco, afirma Chesterton, devoraba el ayuno, como otros devoran el alimento".

Por lo demás, todas las virtudes están relacionadas entre sí y hay que "morir" antes para tenerlas. "No hay hombre en el mundo que posea a una sola de vosotras, si antes no muere. Quien tiene una y no ofende a las demás, las tiene todas, y quien a una sola ofende, a ninguna tiene y a todas ofende" (Saludo de San Francisco a las virtudes).

* * *

La muerte de Francisco fue como la caída de un fruto en sazón. Cargado de buenas obras, "estaba casi ciego ya por la mucha penitencia y continuo llorar". Lloraba por los pecados. También sufría porque tenía desviaciones en la orientación de su Obra —"¡Pobre hombre pequeño!, le hablaba una voz con acento divino. Aprende ya que Yo soy Dios y deja para siempre de turbarte. ¿Porque Yo te haya establecido como pastor sobre mis ovejas, vas a olvidar que Yo soy el mayoral? Soy Yo el que te he llamado. Soy Yo el que guarda el rebaño y lo apacienta. Soy Yo el Señor y el Pastor. Es cosa mía. No te asustes más". Entonces Francisco se calmó y "su alma chorreaba de paz y de alegría. Caminaba con un andar alegre. Bailaba más que andaba" (E. Leclerc).

Cuando se dio cuenta que le llegaba la muerte mandó que le leyeran el Evangelio de San Juan, donde dice: "Antes del día de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que era venida su hora de pasar de este mundo al Padre"... Aun a la misma muerte la invitaba a la alabanza, y, como saliéndole al encuentro, la llamaba a su morada: "sea bienvenida mi hermana muerte". Luego con gran fervor, comenzó a alabar al Señor, diciéndole: "Si le place a mi Señor que yo muera pronto, llámame a Fray Angel y a Fray León, para que me canten el himno de la hermana muerte". Entonces, concluye Celano "reunidos allí todos los religiosos, sintióse aquella santísima alma libre ya de las ataduras de la carne y absorbida en el abismo de la eterna claridad, y el cuerpo durmióse en el Señor".

Quiso morir en la Porciúncula, porque, como dice Chesterton, sintió "la maladie du clocher", la añoranza del campanario. Era entre el 3 y 4 de octubre de 1226, a los 20 años de su conversión, y a los 44 de edad.



Dos años después, en 1228, fue canonizado Francisco por el Papa Gregorio IX en la misma ciudad de Asís. El mismo Papa, mientras incluía a Francisco en el catálogo de los santos, proclamaba con emoción: "Como la estrella matutina en medio de las tinieblas, y como luna llena en sus días, y cual sol refulgente, asimismo brilló Francisco en la casa de Dios". Recientemente, en su visita a Asís, afirmaba Juan Pablo II: "San Francisco de Asís escribió con caracteres indelebles el Evangelio de Cristo en los corazones de los hombres de su tiempo". Y terminaba con esta invocación al Santo: "Ayúdanos a resolverlo todo en clave evangélica".

Francisco fue un hombre de decisiones radicales, como afirma, en frase sencilla y rotunda, la Leyenda de Perusa: "Desde el día de su conversión hasta el de su muerte, el bienaventurado Francisco estuvo siempre —en salud o enfermedad— atento a conocer y a cumplir la voluntad del Señor".

Se podrían multiplicar los panegíricos: "Fue durante su vida este embajador de Dios, afirma San Buenaventura, un trasunto de la pureza de los ángeles, y mereció ser propuesto como ejemplar a todos los verdaderos seguidores de Cristo". Su fiel discípulo Celano no se cansa de ensalzarlo: "Corriendo con alegría de espíritu por los caminos de los divinos mandamientos, llegó por los tramos de todas las virtudes a las más altas cumbres". Un doctor dominico, después de oír una interpretación de San Francisco sobre la Sagrada Escritura, exclamó: "Hermanos míos, los conocimientos teológicos de este hombre, apoya-

dos en la pureza y en la contemplación, lo convierten en un águila que vuela, y, en cambio, nuestra ciencia se arrastra pesadamente sobre la tierra”.

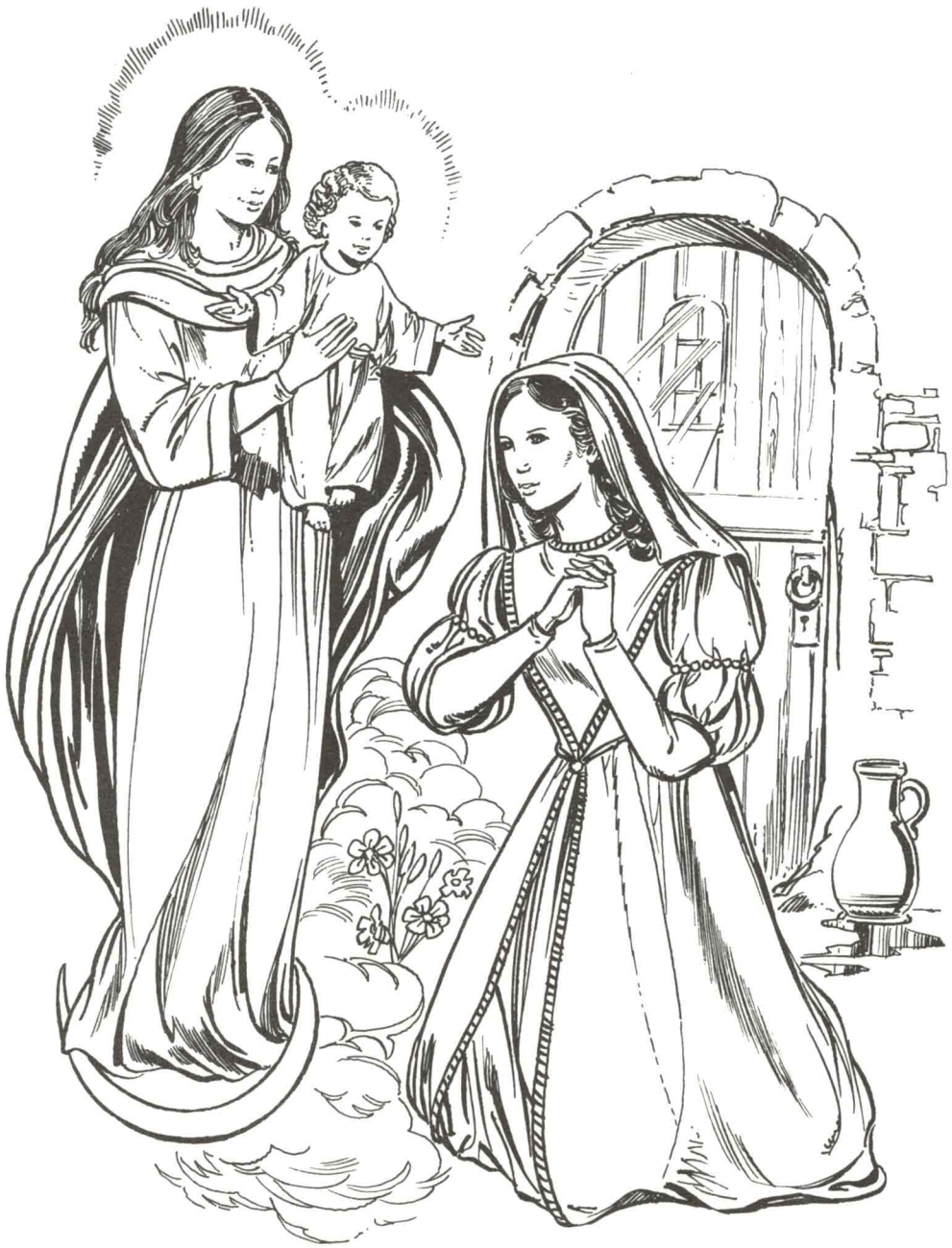
A los cuatro años de su muerte y dos de su canonización, en 1230, fueron trasladados los restos del Santo a su basílica. Desde entonces aquella cripta, situada bajo las tres naves superpuestas, tan hermosamente decoradas por el Giotto con escenas de la vida de San Francisco, es uno de los lugares más sagrados de la tierra. Porque San Francisco “es irreplicable”, aunque a todos nos interpela con su ejemplo.

* * *

Bueno será, para terminar, que sintamos dirigida a nosotros la bendición de San Francisco a fray León: “El Señor te bendiga y te guarde. Muéstrete su santa faz y tenga misericordia de ti. Vuelva a ti su rostro y te dé la paz. El Señor te bendiga, a ti, fray León”.

Bueno será también que hagamos nuestro su lema “Paz y Bien”, y la hermosa oración que traduce este lema: Señor, haced de mí un instrumento de vuestra paz:

donde haya odio, ponga yo amor,
donde haya ofensa, ponga yo perdón,
donde haya discordia, ponga yo armonía,
donde haya error, ponga yo verdad,
donde haya duda, ponga yo la fe,
donde haya desesperación, ponga yo esperanza,
donde haya tinieblas, ponga yo la luz,
donde haya tristeza, ponga yo alegría;
que no me empeñe tanto
en ser consolado, como en consolar,
en ser comprendido, como en comprender,
en ser amado, como en amar,
porque
dando se recibe,
olvidando se encuentra,
perdonando se es perdonado,
muriendo se resucita a la Vida.



LA MUJER QUE LAMENTO SU BELLEZA

“No se trata de un olvido. Es mucho más. Yo estoy muerta para el mundo. Me retiré al monasterio abandonándolo todo. Eso es la *anacoresis*, la retirada. Posteriormente me alejé de mis propios pensamientos y de mis recuerdos. extirpándolos y arrojándolos fuera, al igual que se arrojan las malas hierbas. Eso es la *hesychia*, el establecimiento de la paz interior. Yo he llevado a cabo ese trabajo para llegar a la *apateia*, a la impasibilidad, que es el objetivo de todos aquellos que aspiran a la santidad. Pero no he renunciado a nada. En absoluto. En vez de la compañía que me ofrecía el mundo he preferido otra. En vez de estar acompañada por los hombres, he preferido estarlo por los ángeles. ¿Quién no preferiría los ángeles a los hombres si pudiera gozar de su compañía?” (Gheorghiu). Este camino, que no es el único camino de la santidad, es el que escogió Santa Beatriz de Silva, que, renunciando a un partido humano de gran porvenir, renunció a él para consagrarse exclusivamente a Jesucristo.

El *punto de arranque* en la nueva vida de Beatriz tuvo lugar entre los años 1450-1453. En una visita al monasterio de Santa Clara de Tordesillas pudimos admirar el viejo baúl que según la tradición, fue el instrumento y punto de partida para la nueva vida de Beatriz. En aquel baúl la había encerrado por celos la reina Isabel, esposa de Juan II de Castilla, con el firme propósito de deshacerse de ella.

Humanamente. Beatriz estaba condenada a una muerte por asfixia. Pero otros eran los planes de Dios y salió de su encierro ilesa y sonriente. Los primeros biógrafos de la Santa y los testigos de los Procesos nos hablan de la confor-tadora aparición de la Virgen María y del mandato que recibe en su encierro, de fundar la Orden de la Purísima Concepción. Mariana de Luna declara que “sabe y ha oído decir que, estando la venerable señora y virgen doña Beatriz de Silva encerrada en dicho cofre, se le apareció Nuestra Señora la Virgen María con el mismo hábito que hoy traen sus religiosas de este convento (de Toledo), y la consoló y mandó que fundase su Orden con el nombre de la Purísima Concepción, dándole forma y hábito que Nuestra Señora traía”.

Beatriz de Silva y Meneses era hija de Ruy Gómez de Silva y de Isabel de Meneses. Su padre y abuelo materno se habían distinguido en la conquista de Ceuta en 1415, en nombre de Juan I, Rey de Portugal. En Ceuta, a los

pies de Nuestra Señora de Africa, que contempla benévola a sus hijos desde el monte Hacho, nació Beatriz por el año 1424. Sus antepasados estaban emparentadas con la familia real de Portugal y Castilla. En Ceuta pasó Beatriz los diez primeros años de su vida.

El año 1434 es elegido su padre alcaide de Campo Mayor en la provincia de Alentejo (Portugal), y allí se traslada toda la familia. Eran once hermanos. Un clima hondamente cristiano se respiraba en el hogar. Como guiada por intuición sobrenatural, Beatriz sintió desde muy niña una tierna devoción a la Inmaculada Concepción. Una bella leyenda nos cuenta que fue escogida como modelo para pintar un cuadro de la Inmaculada, que aún se conserva en Campo Mayor.

* * *

En 1447 Juan II de Castilla contrae segundas nupcias con Isabel de Portugal en Madrigal de las Altas Torres. Isabel se ha traído a su dama predilecta, Beatriz. La Corte no tenía lugar fijo. A veces residía en Madrigal de las Altas Torres, donde pronto nacería Isabel la Católica. Uno de los lugares habituales era también el palacio real de Tordesillas. Allí en el cercano monasterio de Santa Clara, se entretenía Beatriz con las religiosas, y se dedicaba sobre todo a la oración, a los pies del divino Maestro. Todo lo necesitaba en aquel ambiente cortesano de intrigas y celos, entre las facciones de Don Alvaro de Luna y del Marqués de Villena.

Beatriz, por otra parte, por su rara belleza, se daba cuenta que empezaba a ser motivo involuntario de rivalidades y celos entre sus apasionados pretendientes. "Era esta doncella, dice su coterráneo Núñez de Leão, la mujer más hermosa que había en España y de mayores gracias naturales, la cual, por su gran hermosura, llegó a causar tal admiración, que todos los grandes de la Corte deseaban ganarse su amistad y servirla". Como confirma una religiosa en los Procesos, "esta dicha señora por su grande hermosura y linaje fue demandada de muchos condes y duques en casamiento".

Adelantándose a los consejos que el cronista de Carlos V, fray Antonio de Guevara, daría más tarde en *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*, su amor a la virtud le ayudó a superar los escollos que le amenazaban. Buscó con más insistencia el recogimiento y la oración, el contacto con las religiosas de Santa Clara y el consejo de buenos directores.

Bien le vendrían estas ayudas, pues seguía siendo "festejada y requerida de todos cuantos en la Corte había", como apunta Alcocer. Siguen las "acaloradas disputas y lances de amor por su causa", y algunos, desengañados y amargados, empezaron a urdir sospechas sobre la virtud de Beatriz. Ella no se defiende. Prefiere sufrir en silencio, se oculta cada vez más, y con gran serenidad de espíritu, pone toda su confianza solamente en Dios.

El ambiente se iba enrareciendo cada día más para Beatriz. Como afirma Núñez de Leão, "esta doncella, que era honestísima y no tenía en las intrigas más culpas que ser muy hermosa, vivía en extremo contrariada, y de voluntad trocaba su bondad por la fealdad de la mujer más fea del mundo, y pedía continuamente a Dios que fuese su vista aborrecida de todos los hombres". Tirso de Molina, con su habitual maestría, desarrolla en una obra de teatro el hilo de estas intrigas, con el triunfo final de la verdad.

Los cabildeos e intrigas seguían adelante, y el oleaje llegó hasta el trono. La reina, que no admitía rivales, se pervirtió en su corazón, y empezó a desconfiar de la virtud de su dama y de la fidelidad de su marido. Y tanto le cegó la pasión de los celos que no paró hasta quitársela de delante.

La reina lo tenía todo ya bien preparado. Y un día se hizo acompañar por Beatriz hacia los oscuros sótanos, la acercó a un cofre dispuesto para ello, la empujó dentro y cerró la tapa con llave, segura de su triunfo. Como declara una testigo en los Procesos, "viendo la gran estimación que todos hacían de la sierva de Dios, la reina hubo celos de ella y del rey su marido y por quitarla delante de sus ojos, la encerró en un cofre, donde la tuvo encerrada tres días, sin que en ellos se le diera de comer ni de beber". Sucedió esto entre los años 1450-1453.

Alarmados por la ausencia de Beatriz, muchos preguntan por ella. Un tío suyo, que vivía en la Corte, averigua el lugar del encierro. Allí se dirige temiendo encontrarla muerta. Pero abierto el cofre, aparece fresca y sonriente, como si nada hubiera sucedido.

La visión celestial de Tordesillas, que Beatriz recibe en el estrecho y lóbrego reducto de un cofre cerrado, iluminaría con luz nueva toda su vida. Ya no le dicen nada los halagos humanos ni los encantos de la naturaleza. Un secreto lleva en su corazón. Hace voto de virginidad y de perpetua esclavitud a la Señora, y se dispone a cumplir el mandato de fundar una Orden.



Lo primero para ello era huir de las ambiciones y locos devaneos de la Corte. Como atestigua Pedro de Alcover en *Historia de Toledo*, pareciéndole muy peligrosa la vida de la Corte, determinó venirse a esta ciudad de Toledo y meterse en el monasterio de Santo Domingo. Parece que fue a S. Domingo el Antiguo, aunque otros creen que a S. Domingo el Real.

De Tordesillas a Toledo hay unos 250 kilómetros. Los recorre en varias jornadas con un pequeño séquito. Les acompañan algún trecho dos franciscanos, que ella teme al principio que sean emisarios de la reina para hacerle volver. Ellos la consuelan y animan, y Beatriz descubre en ellos, según la tradición, a San Francisco de Asís y a San Antonio de Padua.

Entrarían en Toledo por la puerta de Visagra y subiendo hacia Zocodover, antes de llegar, torcieron a la derecha hasta Santo Domingo.

La priora, que era tía del Rey, Don Juan II les recibió amablemente. Sería entre 1451-53. No abraza la regla monacal. Vivirá allí más de treinta años, como señora de piso, con dos sirvientas. Pero se acomodará en todo a la ascesis reglamentaria de las monjas, "haciendo vida santa y austerísima". Ha encontrado un *seguro* secreto y pacífico. De este monasterio podrá decir Beatriz lo que más tarde diría Fray Luis de León de su amable refugio:

¡Oh campo, oh monte, oh río!
¡Oh secreto *seguro* deleitoso!
Roto casi el navío,
a vuestra alma reposo
huyo de aqueste mar tempestuoso.

Los testigos del Proceso nos hablan de su continua vida de oración, de su devoción a la Eucaristía, a la Cruz, y a la Inmaculada, de su vida de "esclavitud mariana", de sus obras de caridad, y de sus trabajos para mejor ayudar a los necesitados. Como dato curioso, y relacionado con el arranque de su nuevo rumbo había prometido, cuentan sus biógrafos, que ningún hombre mortal le había de ver más el rostro".

* * *

El 1454 moría el rey Don Juan II. Le sucedió su hijo Enrique IV, que luego renunciaría al trono en favor de su hermana Isabel la Católica. Al morir Don Juan II, su esposa se retiró a Arévalo, donde vivió los cuarenta y dos años de su viudez hasta 1496 en que murió, pasando los últimos años de su vida "en una especie de enajenación mental". Se cuenta que desde Arévalo se trasladó varias veces a Toledo para reconciliarse y consolarse con su antigua dama Beatriz.

También Isabel la Católica, tanto siendo princesa como después de suceder a su hermano y casarse con Don Fernando de Aragón, visitó con frecuencia Toledo y se entrevistaba gustosa con Beatriz. "Doña Isabel, cuenta la antigua Vida, mostraba gran afición a esta señora, no tanto por parienta, cuanto por su santidad". Eran almas gemelas con un mismo ideal. Como dice Pablo VI en la Bula de Canonización, "mientras Isabel, reina de Castilla, colaboraba generosamente con Beatriz en la fundación de la nueva religión, Beatriz a su vez prestaba valiosísima ayuda a la reina en la edificación de la ciudad terrena".

Algunos biógrafos de Beatriz creen que en Santo Domingo se repitió la aparición de la Señora con la urgencia de fundar la Orden de la Concepción. No le faltaría para ello la generosa ayuda y estímulo de Isabel la Católica. El P. Juan de Tolosa, confesor de la reina, fue también fiel consejero de Beatriz.

Para poner en marcha la fundación ha de salir de Santo Domingo, donde durante treinta años había madurado en el silencio y en la virtud, y se dirige a los locales que para ello le regalaba la reina. "Y queriendo esta santa Reina ayudar a su propósito, le dio los palacios que antiguamente se decían de Galiana, adonde está el monasterio de Santa Fe, y se metió con otras doce religiosas": su sobrina Doña Felipa y once más. Los palacios de Galiana recibían su nombre de la bella y legendaria princesa Galiana ("la mora más bella de la morería") hija de un rey moro, y el monasterio de Santa Fe, de la virgen y mártir francesa Santa Fe. Ocupaban estos palacios una posición privilegiada, en el triángulo formado por el Arco de la sangre de la plaza de Zocodover, el Miradero y el puente de Alcántara. Desde arriba se contempla el maravilloso espectáculo del río Tajo, "sable al costado de la Imperial Toledo" (Eugenio Montes), que rodea en semicírculo la "peñascosa pesadumbre, gloria de España, y luz de sus ciudades", como llama Cervantes a Toledo. Corría el año 1484. Beatriz y la joven comunidad se dedican a acomodar los antiguos palacios y jardines a la vida comunitaria para vivir mejor la entrega a Dios.

* * *

Beatriz y la nueva comunidad vivían los primeros fervores de la fundación. Era una vida monástica todavía semiformal, sin regla aprobada aún. Beatriz

deseaba fundar sin tardanza la Orden en honor de la Inmaculada Concepción y con la ayuda y consejos de Isabel la Católica y del P. Juan de Tolosa, "hizo constituciones y ordenó el modo y manera de vivir que habíar de tener, y despachólo a Roma a finales de 1488 o principios de 1489. El Papa Inocencio VII aprobó la nueva Orden con la bula *Inter universa*, llenándola de gracias y privilegios. En abril de 1489 se difunde la noticia. A la alegría indescriptible de Beatriz y sus monjas se unió toda la ciudad de Toledo. Era como un canto clamoroso a la Concepción sin mancha de María. Beatriz pidió consejo al franciscano fray García de Quijada, obispo de Guadix, que le ayudó a descifrar la bula, que de manera providencial había llegado a manos de Beatriz. En los meses siguientes Beatriz y su joven comunidad se dedicaron a asimilar la letra y el espíritu de la Bula. No le faltó a Beatriz, en las dificultades de la fundación, el apoyo y consejo de Doña María Suárez de Toledo, pariente de Fernando el Católico, llamada por su humildad Sor María la Pobre, fundadora del Real Convento de Santa Isabel de Toledo, y muerta en olor de santidad.

El 16 de febrero de 1491 se presentó en el convento Don Velasco Romero, vicario general de Toledo, comisionado pontificio, para la ejecución de la bula. Quedaba constituida oficialmente la Orden Concepcionista. Los sobresaltos de Tordesillas, la larga espera en Santo Domingo, la ininterrumpida confianza en el Señor, tenían ahora su fruto y su corona. Toledo se enorgullece santamente de ser cuna de la nueva Orden.

Del tronco de Santa Fe brotarían múltiples retoños y Beatriz sería madre de muchas gentes. Su ardiente culto a la Concepción Inmaculada prepararía los caminos para la solemne definición de este entrañable Dogma mariano.



Unos meses más tarde, seguramente el 2 de agosto de 1491, se celebra una solemne procesión para trasladar la bula desde la catedral al monasterio de Santa Fe. Portaba la bula, en nombre de Don Pedro González de Mendoza, arzobispo de Toledo, el obispo de Guadix, fray García de Quijada. Le acompaña el cabildo y todo el pueblo de Toledo, que intuye la magnitud del acontecimiento. El P. Quijada, en el sermón, les cita, para quince días más tarde, a la vestición del hábito y profesión de la comunidad. Las dos reinas, Isabel la Católica y su madre, siguen con gran interés el acto desde lejos.

Cinco días habían pasado del apoteósico recibimiento de la bula fundacional, cuando, como cuenta la Vida, "estando puesta en muy devota oración, apareció la Virgen, según se supo después, la cual le dijo: Hija, de hoy en diez días has de ir conmigo, que no es nuestra voluntad que goces acá en la tierra de esto que deseas". Este anuncio de su muerte y otro sobre las persecuciones que esperan a la naciente Orden "la visión de la lámpara", los recibe con ánimo esforzado, y sereno. Medita en Getsemaní y se ofrece sin reservas a la voluntad de Dios.

Cae enferma gravemente y en el mismo lecho de muerte, convertida en capilla, recibe el hábito de la Purísima Concepción y pronuncia los votos de la profesión religiosa, de suerte que quedaba la santa, "madre y fundadora y primera monja de la Orden". La Orden quedaba establecida. La Obra se había coronado. Luego le administró el sacramento de la Unción fray García de Quijada. La enferma seguía con la práctica de tener el rostro cubierto con el velo,

que hubo que levantar para hacer las unciones. Entonces, según se refiere, "en mitad de la frente le vieron una estrella, la cual estuvo allí puesta hasta que expiró, y daba gran luz y resplandor como la luna cuando más luce, de lo cual fueron testigos seis religiosos de la Orden de nuestro Padre San Francisco". Es la estrella que aparece en las estampas de la Santa. Luego, se durmió dulcemente. Se cumplió el aviso de la Señora: "de hoy en diez días vendrás conmigo". Y se fue en el "ochavario de San Lorenzo, 17 de agosto".

* * *

Una curiosa y viva discusión se entabló entonces por la pretensión de las dominicas de Santo Domingo de llevarse los restos de Beatriz a su convento. Tuvo que intervenir el señor arzobispo que decidió fuese enterrada en la capilla de Santa Fe. Así se hizo con toda solemnidad, después de celebrar los funerales el P. Quijada. Todo el pueblo de Toledo estaba allí. Había sido citado quince días antes para presenciar la vestición de hábito de las religiosas, y ahora veían el hábito vestido por los venerables restos de una santa, hábito blanco y azul como el cielo, según se le mostrara en la visión de Tordesillas. Porque todos la tenían por santa y, según las costumbres de entonces, quizá ese mismo día comenzara el culto público de la sierva de Dios. Había sido un perfecto dechado de virtud. Había muerto en olor de multitudes.

El P. Tolosa, confesor y confidente de la Santa, avisado providencialmente de la orfandad en que quedaban las doce compañeras de Beatriz, acude a Toledo y con gran tacto y autoridad lo sosegó todo. Las preparó bien y se celebró la vestición de hábito y profesión religiosa. De esta manera quedaba consolidada la Orden Concepcionista. También el Cardenal reformador, Cisneros, colaboró en la confirmación de la Orden, que empezó rigiéndose por la Regla cisterciense, pasó luego por la de Santa Clara, hasta conseguir pronto su propia Regla.

La comunidad fundacional tardó en encontrar un lugar definitivo. De los palacios de Galiana y capilla de Santa Fe pasó a ocupar el convento de San Pedro de Dueñas —hoy museo de Santa Cruz—, y por fin, al marchar los franciscanos a San Juan de los Reyes, se instaló en el convento de San Francisco, que es el actual convento de la Concepción o Casa Madre, tronco fecundo, que muy pronto fructificó. El primer convento de clausura de México, y del Nuevo continente, fue un convento de la Concepción. Hoy tiene la Orden 153 conventos, de ellos 90 en España, 21 en Colombia, 18 en Brasil, 12 en México, 3 en Perú... Se cumplía la promesa que recibiera Beatriz: "Tu Orden florecerá y será multiplicada por todas las partes del mundo".

* * *

Los venerables restos de Beatriz sufrieron, por causas diversas, varios traslados y algunos contratiempos, como al estallar la guerra de 1936. Hoy reposan, en hermosa urna y devota capilla, en el convento de la Concepción, la Casa Madre de Toledo.

Estancada la causa de beatificación y canonización durante varios siglos, fue declarada Beata por Pío XI en 1926. Y cincuenta años más tarde, el 3 de octubre de 1976, fue incluida en el catálogo de los Santos por el Papa Pablo VI. En la ceremonia de canonización decía el Papa: "Esta es la invitación que,

como síntesis de toda su experiencia espiritual, nos dirige hoy Santa Beatriz de Silva: mirar a María Inmaculada, seguir su ejemplo, invocar su protección”.

Los dos milagros aprobados para la canonización sucedieron en México. Uno fue la curación de una religiosa concepcionista de Tacubaya, y otro la curación de una señora relacionada con el mismo convento.

Haciendo eco a las fiestas de Roma para su canonización, se celebró en Toledo un solemne Triduo. El último día concelebramos un nutrido grupo de sacerdotes, presididos por el Sr. Cardenal Primado, arzobispo de Toledo, D. Marcelo González Martín, que poco antes había escrito sobre la nueva Santa: “Descendiente de las más ilustres familias de Portugal y Castilla, todo lo pospuso a su anhelo de santidad y a su intención, sin duda inspirada, de honrar el misterio de la Inmaculada Concepción de María”.



LA LOCA DEL SACRAMENTO

“Los santos son los únicos personajes de utilidad pública. Sin la presencia de los santos la humanidad no existiría. Haría tiempo que habría sido destruida. Como Sodoma y Gomorra. Esas dos ciudades fueron destruidas exclusivamente debido a que no albergaban a ningún santo entre sus paredes. Dios le dijo claramente a Abrahán que salvaría a Sodoma y Gomorra de la destrucción si podía mostrarle a un santo que viviera en ellas. Abrahán no encontró ninguno. Y por eso fueron destruidas las ciudades. Mientras existan santos, nuestras ciudades y las de los alrededores no serán destruidas como lo fueron Sodoma y Gomorra” (Gheorghiu). Mientras existan santos como Doña Teresa Enríquez, la Loca del Sacramento, madre diligente, esposa fiel y viuda ejemplar, podemos abrigar esperanza, pues ellos atraen sobre nosotros las bendiciones divinas.

* * *

Doña Teresa Enríquez y Alvarado había sido educada desde su infancia con esmero en la piedad y en las buenas obras. Pero hay un momento que marca el *punto de arranque* de una vida nueva. Nueva por el espléndido crecimiento e interiorización de su vida de piedad y por el desbordamiento de sus obras de misericordia. *Punto sin retorno*. Vida nueva. Sin mirar atrás.

El 2 de abril de 1497 se celebraba en Burgos el matrimonio del príncipe heredero Don Juan, hijo de los Reyes Católicos, con doña Margarita de Austria. Entre las grandes fiestas, que duraron varios días, organizaron los jóvenes de la Corte una solemnísimas cabalgata en honor de los príncipes. En ella tomaban parte también, sobre poderosos corceles, los hijos de doña Teresa. El menor, Alonso, tuvo la mala suerte de que el caballo se le encabritara. Cayó sobre él y lo aplastó. A las pocas horas moría. Fue una dura prueba para doña Teresa. Era su hijo predilecto, el de mejores sentimientos.

Otra prueba muy dura también fue la muerte de su esposo en Alcalá en enero de 1502. Soportó estas pruebas con resignación cristiana. Su único consuelo fue la oración. Desde entonces, libre ya de sus obligaciones conyugales y casados los dos hijos que le quedaban, se retiró de la Corte a Torrijos (Toledo), cuyo señorío había comprado su esposo al Cabildo de Toledo en 1482. Allí pasó doña Teresa los últimos años de su vida, entregada por completo a obras de piedad y de caridad.

* * *

Doña Teresa era hija ilegítima del Almirante de Castilla, Don Alonso Enríquez, y de una noble dama llamada María de Alvarado y Villagrán. Curioso dato

este de la bastardía que para nada impide los caminos de Dios. Vale la pena recordar aquí que en la genealogía de Jesucristo (Mt 1, 1-16), también aparecen varios ilegítimos. Dicho sea esto como lección para todos los racistas de la historia.

Su abuelo Don Fadrique era hermano de Doña Juana Enríquez, madre de Fernando el Católico. Estaba emparentada también Doña Teresa con Isabel la Católica, con San Francisco de Borja y San Juan de Ribera.

Muy poco se sabe de su nacimiento y de sus primeros años. Parece que nació el año 1456 en Valladolid, pues allí tenía el Almirante su residencia ordinaria. El famoso libro *El Carro de las Donas* nos da algunos datos. Don Alonso entregó la niña a su madre, Doña Teresa de Quiñones, que vivía retirada en Valdescopezo, dedicada a la piedad y a las obras de caridad, para que la cuidara e iniciara en la virtud. En esta buena escuela pasó su niñez y aprendió de su abuela la devoción a la Eucaristía. Se dice que era de gran hermosura, según atestiguan algunos retratos de la época, y que algún tiempo deseó ser monja.

El año 1475 se casó Doña Teresa con Gutierre de Cárdenas, después de la boda de los Reyes Católicos y por los buenos oficios de éstos. Gutierre de Cárdenas procedía de Ocaña y era maestresala de la Princesa Isabel, en tiempos de Enrique IV, tiempos aciagos, con encontrados intereses de los partidos por buscar, cada uno a su antojo, un esposo para la Princesa Isabel.

El arzobispo de Toledo, el turbulento Carrillo, era partidario del Infante de Aragón, Don Fernando. Le ayudó en su tarea, para ganar el ánimo de la Princesa, su antiguo paje, Gutierre de Cárdenas, ahora maestresala y discreto consejero de la Princesa. Así lo cuentan en sus Crónicas Hernando del Pulgar y Nebrija. El P. Coloma, en la vida de Cisneros, *Fray Francisco*, describe al detalle el papel importante de Gutierre para ayudar a Don Fernando a llegar disfrazado a Castilla, a fin de esquivar a los emisarios del marqués de Villena y otros nobles que se oponían a este matrimonio. Cuando Isabel lo esperaba en Valladolid y apareció el Príncipe, Gutierre se lo señaló diciendo: "Ese es, ese es". Y en agradecimiento le concedieron el privilegio de añadir varias eses a su escudo.

Tres hijos nacieron del matrimonio de Doña Teresa con Gutierre: Diego, Alonso y María. Los hijos se educaban con el Príncipe y la hija con las Princesas, bajo la rígida férula del severo maestro Diego de Deza, dominico, amigo y protector de Colón, y luego inquisidor general y arzobispo de Toledo. El hijo mayor, Diego, recibió el mayorazgo y más tarde sería Adelantado de Granada y Duque de Maqueda. Del malogrado Alonso hemos hablado ya. María se casó con un amigo de Hernán Cortés, quien les encargó la educación de su hijo Martín que había tenido con la noble india Doña Marina.

Gutierre, que tanta parte había tenido en el matrimonio de Fernando e Isabel, quedaba ahora introducido en la nobleza por su matrimonio con Doña Teresa, y a la vez se emparentaba con los mismos Reyes. Esto, y sus grandes dotes militares y de gobierno, le encumbrarían en los puestos más altos y le proporcionaron rentas muy pingües. Concedieron a Gutierre los señoríos de Torrijos y de Maqueda, y le nombraron Contador Mayor de Castilla y Comendador Mayor de León.

* * *

Los Reyes no tenían entonces residencia fija. Gutierre, como Contador Mayor, les acompañaba en sus andanzas. Y con él iba también su esposa. Participaron en la conquista de Málaga, Almería y Granada, y expresamente se cita el nombre de Doña Teresa acompañando a la Reina en la conquista de Baza y Granada, atendiendo a enfermos y heridos en los hospitales de sangre, como antecesora de las damas de la Cruz Roja. ¿Quién podrá contar, dice el *Carro de los Donas*, lo que en las guerras del reino de Granada sirvió a Dios en los enfermos, heridos y necesitados?"

También acompañaban a los Reyes en las fiestas, como hemos visto en Burgos con ocasión de la boda del Príncipe Don Juan. El Cura de los Palacios nos presenta en su crónica a Doña Teresa y a su marido con los Reyes en Sevilla en la celebración de los esponsales de la infanta Isabel con el malogrado Príncipe heredero de Portugal. Pulgar, por su parte, nos habla de la íntima amistad entre "la excelentísima Reina Isabel, espejo de mujeres, y Doña Teresa, la Santa".

Gutierre había servido fielmente a los Reyes Católicos, que le habían colmado de señoríos y riquezas. De la nada había llegado a ser el sexto hombre más rico de España. Como Contador Mayor, o Ministro de Hacienda, no siempre llevó las cuentas claras. Una vez estuvo en peligro su privanza ante los Reyes. El cardenal Mendoza, "tercer Rey de España", le salvó. Gutierre cae enfermo grave en Alcalá en 1502. Le visitó Cisneros. También los Reyes, a quienes entrega toda su hacienda para tranquilizar su conciencia. Poco después muere, y los Reyes devuelven la hacienda a Doña Teresa, que daría buena cuenta de ella en sus obras de devoción y caridad...



Con la muerte de su marido cambia por completo el ritmo de vida de Doña Teresa. Su nombre suena poco hasta que queda dueña de sí y de sus caudales. Hasta entonces, en la Corte, era una dama muy buena, muy caritativa, muy piadosa, pero oculta y sin brillo, sin noticia apenas de su vida. Fernández de Oviedo, testigo de vista, se limita a darnos su genealogía y a hablarnos de su santidad y muchas virtudes: "Fue esta señora, por las excelencias de sus raras virtudes, llamada comúnmente Doña Teresa Enríquez la Santa, digna y merecedora de tal nombre, señora limosnera, siempre ocupada en sus obras de santidad. Unica señora de las que me acuerdo y se han visto en nuestro tiempo y patria y aun en toda la cristiandad, en sus limosnas y devociones".

Gutierre había comprado al Cabildo de Toledo el señorío de Torrijos. Muerto su marido, se traslada allí Doña Teresa para no salir ya. Allí pasó los últimos veintiséis años de su vida, entregada, sin otras obligaciones, a la piedad y caridad. Desde allí extiende sus obras a España entera y su generosidad se desborda más allá de las fronteras patrias.

La villa de Torrijos ha quedado ennoblecida con la presencia de Doña Teresa y ligada para siempre a su gloria. También el padre de Santa Teresa de Jesús procedía de allí. Gutierre había construido en Torrijos dos obras magníficas. Un suntuoso palacio, como residencia señorial, del que nada queda ya. Allí pasó unos días Isabel la Católica. Allí estuvo también Cisneros y Doña Germana de Foix, que había sido la segunda esposa de Don Fernando el Católico, y

Doña Leonor, hermana de Carlos V, que acudió a Torrijos para casarse, en aquel palacio, con Francisco I de Francia, y sellar allí el Tratado de Madrid. En este palacio vivió también Doña Teresa, pero en sencillez y austeridad.

El otro edificio fue el convento de San Francisco o Santa María de Jesús, émulo de San Juan de los Reyes, para ser sepultados en él Gutierre y su esposa.

Construyeron la iglesia y el Convento con munificencia regia. Proveyeron espléndidamente a la iglesia de todo lo necesario. Hoy no queda piedra sobre piedra. Lo saqueron e incendiaron las tropas de Napoleón. Lo poco que quedó acabó de liquidarlo Mendizábal en la desamortización. Algunos sillares fueron a parar a las cunetas del próximo ferrocarril. ¡Esta fue la suerte del "segundo San Juan de los Reyes"!

* * *

Es difícil recorrer y enumerar las buenas obras que Doña Teresa practicó en la atención a los pobres y a niñas huérfanas, en la redención de cautivos, en el culto a la Eucaristía, en los conventos religiosos. Bien provistos y asegurados sus hijos, a estas obras buenas dedicó sus cuantiosas rentas.

Hacía poco tiempo que Beatriz de Silva, gran amiga de Isabel la Católica, había fundado en Toledo la Orden de la Concepción. El primer convento fundado fuera de Toledo fue el de Torrijos. Doña Teresa había comprado un amplio palacio que allí había tenido Don Pedro el Cruel y se lo regaló a aquellas religiosas como convento de la Concepción. Se le autorizó a Doña Teresa para entrar a comer y dormir en la clausura y para traer el escapulario e imagen de la Concepción, con goce de las gracias e indulgencias de las monjas. Allí se retiraba para descansar y entregarse a la piedad y tratar con las religiosas.

Fundó dos conventos más de la Concepción, en Maqueda y en Almería. También fundó conventos en las Alpujarras, en Benalcázar y en Cazalla. A otros ayudó con sus rentas. Colaboró con su amiga de la Corte, la camarista de Isabel la Católica, Doña Beatriz Galindo, la Latina, enviándole algunas monjas de refuerzo, cuando ésta fundó un convento en Madrid.

Cooperó con ayudas a la Cofradía de la Sangre de Toledo, establecida en la parroquia de Santa Justa, para ayudar a bien morir a los condenados a muerte. Antes, en tiempo de su esposo, había levantado en la catedral de Toledo la capilla de Nuestra Señora de la Antigua. Propagó por toda España la piadosa devoción del toque de ánimas por la noche, y dejó rentas para ese cargo de pregonero y campanero. Luego Gregorio XIII ordenó el toque de ánimas en todas las iglesias de la cristiandad, pero fue Doña Teresa la que inició esta costumbre.

* * *

Un embajador veneciano acusaba a Doña Teresa de que todo lo gastaba en monasterios y devociones. Pero si fue espléndida en este campo, no lo fue menos en obras de caridad para con los pobres. Fueron años de hambre y de todas partes acudían a Torrijos al oír hablar de su generosidad. Nadie quedaba desatendido. Parece imposible que dieran para tanto sus rentas por cuantiosas que fuesen. No se contentaba con darles de comer. También en esto fue

perspicaz y vanguardista. Pues les repartió sus dehesas y les dio simientes y medios para que las laborasen.

Ella misma se cuidaba de los niños, los alimentaba y educaba. Para ellos fundó dos Colegios en Torrijos. Con las hambres vinieron las pestes, y creó hospitales y cuidaba los enfermos. Atendió a muchas doncellas para rescatarlas del vicio y darles dotes de casamiento. Este era uno de los fines que asignó a sus Cofradías de la Eucaristía. Como su celo se extendía a todos, estando Ignacio de Loyola, entonces estudiante de Alcalá, encarcelado por orden del vicario Figueroa. "acuérdase especialmente de Doña Teresa de Cárdenas, la cual le envió a visitar y le hizo muchas ofertas de sacarle de allí".

Una de sus grandes preocupaciones fue la redención de cautivos y para ellos destinó grandes sumas en su testamento, después de haber hecho tanto por ellos en vida. La que no consentía menos decentes los Sagrarios del Cuerpo de Cristo, no descuidaba los Sagrarios vivos, los hombres necesitados, y las almas en peligro de perder la fe. En estos trabajos colaboró admirablemente el clérigo sevillano Fernando de Contreras. Después de recibir grandes sumas de Doña Teresa en Torrijos, Contreras se dirigió a Sevilla. Allí trabó amistad con Juan de Avila y realizó muchas expediciones a Argel. Rescató muchos cautivos, sobre todo niños, y algunas veces se quedó él en rehén, mientras llegaba el dinero convenido. Todos le veneraban como santo, le llamaban el *gran redentor*, y está introducida su causa de beatificación.

* * *

La piedad, amor y celo de Doña Teresa hacia el Sacramento de la Eucaristía la colocan en primera fila de cuantos devotos ha tenido este Sacramento en la Iglesia. Se cuenta que ella misma escogía y exprimía los racimos que hacía traer de Cerebros, por ser los mejores para el vino del Sacrificio. Ella misma cernía la harina de las hostias y la guardaba con esmero, con una luz encendida, en previsión del Sacramento. No le sufría su devoción menoscabo en el respeto debido y más de una vez acudió al Papa para subsanar cualquier descuido.

Había oído decir que no se guardaba ni se llevaba el Santísimo a los enfermos con la debida reverencia ni siquiera en Roma. En Italia se había creado alguna asociación para remediar esto, concretamente en Roma, en San Lorenzo in Dámaso. Pero no tenían medios. Enterada Doña Teresa, al momento envió a Roma copiosa limosna para comprar palio y hachas. Así, por iniciativa suya, empezaron a usarse palio y hachas para llevar el Viático a los enfermos. Los cofrades se comprometían a acompañarlo. Envío además ornamentos y ayudas para adorno de la iglesia, para la procesión de la Octava del Corpus y monumento del Jueves Santo, para dotes de doncellas pobres y atención a los cofrades. Todavía queda hoy en la capilla del Santísimo de San Lorenzo in Dámaso, que ella consideraba como suya, una lápida de mármol y su propio escudo que recuerda su generosidad como público testimonio. Dejó además rentas para ayuda perpetua.

Para que la Cofradía del Santísimo de San Lorenzo in Dámaso perdurase, Doña Teresa consiguió una Bula del Papa Julio II con gracias y privilegios. El mismo Papa se hizo inscribir como Cofrade y Hermano Mayor. La devoción acendrada de Doña Teresa, su interés y sus muchas obras merecieron que el

Papa Julio II la llamase *La Loca del Sacramento* o *La Embriagada del vino celestial*. Pronto se extenderían las Cofradías por España y por toda la Cristianidad y Doña Teresa quedaba constituida fundadora insigne de ellas. Así lo reconocen en Roma Julio II y León X, lo atestiguan los historiadores y lo advierte ella en su testamento. Luego, estas cofradías se llamaron popularmente "de la Minerva", por haberse relacionado con la establecida en Santa María sopra Minerva de Roma.

Lo que en Roma era sólo una capilla, será en su villa de Torrijos toda una espléndida iglesia en honor de la Eucaristía. La Iglesia Colegial del Corpus Christi de Torrijos será pronto digna sede y casa de la Cofradía Universal. Desde aquí le será más fácil propagarlas. Torrijos debe inscribirse con letras de oro en la historia eucarística de España. No había habido en toda la Iglesia quien con tanta generosidad como Doña Teresa se haya esforzado en honrar públicamente a la Eucaristía. En ello gastó su hacienda y su vida. Merece, pues, doña Teresa "un puesto señalado en la historia eclesiástica".

Por una nueva Bula. Julio II enriquece con numerosas gracias la Cofradía de Torrijos, como "cabeza de todas las de la Cristiandad", y faculta a dos Capellanes de esta Cofradía para que, según la petición de Doña Teresa, recorran todos los pueblos de España, revisen el estado de los sagrarios, vasos sagrados y forma de llevar el Viático a los enfermos, y provean todo lo necesario a expensas de la Cofradía. Y así lo hacían de dos en dos.

La iglesia del Corpus Christi de Torrijos es grande y esbelta como una catedral. Su construcción duró de 1509 a 1518. En ella puso toda su ilusión Doña Teresa y no reparó en gastos, como foco de irradiación de la devoción a la Eucaristía. Gracias a Dios se conserva en perfecto estado. En esta iglesia, en adoración del Santísimo, pasaba Doña Teresa parte de su jornada. Allí se acendrabá su virtud y se fortalecía su espíritu. "Fiada del Santísimo Sacramento, escribe ella misma, todos mis hechos me sucedieron muy mejor que yo lo supe pedir". En el coro hay un hermoso mausoleo, de jaspe y alabastro, con las estatuas yacentes de Doña Teresa y su marido el Comendador. Fueron trasladadas aquí al quedar convertida en ruina, la iglesia del Convento de Santa María de Jesús.

Con sus Cofrades y con el ejemplo de Torrijos contribuyó a dar realce a la fiesta del Corpus, hasta convertirse en la fiesta más esplendorosa de toda España. Extendió sus Cofradías por toda la geografía española, y además por Italia, Francia, Portugal, Austria, Polonia... Ella misma bordaba palios para el traslado del Viático y los regalaba a las iglesias, como el que envió al monasterio de Guadalupe.

Merecen ser recordados aquí dos contemporáneos suyos que también se distinguieron en el culto a la Eucaristía. El P. Navarrete que colaboró con Doña Teresa en socorrer a sagrarios pobres por Asturias y Galicia, y Doña Magdalena de Ulloa, la madre adoptiva de Don Juan de Austria, que, según cuenta el P. La Puente, mandó hacer quinientas custodias de plata y repartirlas por otros tantos pueblos pobres de Asturias.



Como no tenemos datos precisos de su nacimiento, igualmente carecemos de detalles concretos sobre su muerte. Cargada de años y méritos, recibió el

Viático con toda devoción. Se lo llevaron desde la Iglesia Colegial solemnemente. El Señor iba a pagarle los muchos y grandes servicios y honras que ella le había procurado en vida. Murió santamente el 4 de marzo de 1529.

Fue sepultada con hábito franciscano en la iglesia de Santa María de Jesús al lado del Comendador, su marido. Luego estuvo enterrada en el cementerio de los frailes. El año 1809, ante la invasión de las tropas de Napoleón, fue trasladada al convento de la Concepción. Medida providencial, pues pocos días después la iglesia de Santa María de Jesús quedaba completamente destruida. Recientemente se ha construido un nuevo convento de la Concepción, y allí se conserva incorrupto su cuerpo, en lugar accesible a la visita de los fieles, como hemos podido comprobar en devota peregrinación. El monumento funerario está, como queda dicho, en el coro de la iglesia del Corpus Christi.

Doña Teresa refleja en su testamento las inquietudes y anhelos que le habían ocupado en vida. En él se muestra generosa con sus criados y doncellas, deudos y allegados, pobres y cautivos. "Fue verdadera madre de los pobres", dice un testigo ocular. Bien supo utilizar las cuantiosas rentas que le dejó su marido, como lo indican concretamente los hospitales y colegios que erigió. Hay también un lugar privilegiado para el culto de la Eucaristía y visitación y atención de sagrarios de iglesias pobres. En este sentido puede ser considerada como precursora de las Marías de los Sagrarios, obra fundada por Don Manuel González, de los Jueves Eucarísticos, y de las obras eucarísticas de la Madre Sacramento y del Venerable Manuel Domingo y Sol.

¿La veremos un día elevada a los altares? El año 1896 presentaron el cardenal Sancha y el duque de Maqueda, descendiente de Doña Teresa, una solicitud pidiendo que se abriera el proceso de beatificación. En 1920, con ocasión de colocar sus restos incorruptos en una caja más decente, se volvió a plantear el caso. Pero no se superaron todas las dificultades.

Este año de 1979, el 4 de marzo, se ha celebrado el 450 aniversario de su muerte. Una comisión se encargó de organizar durante todo el mes de marzo, en la ciudad de Torrijos, diversos actos para celebrar tan fausta efemérides. Particular relieve revistió la actuación del Seminario de Toledo, que colaboró con la excelente representación del Auto Sacramental *La Hidalga del Valle*, de Calderón de la Barca. Clausuró las fiestas el Sr. Cardenal Primado.

Con esta ocasión se ha querido dar un nuevo impulso a la promoción de la causa de beatificación. Y para este fin, gracias al interés de D. Joaquín Arias Real, se han recogido firmas por toda España, encabezando las listas los Reyes Don Juan Carlos y Doña Sofía.

Sea como sea, siempre será para todos altísimo ejemplo y estímulo insigne esta noble mujer, a quien los Papas y el pueblo llamaron La Loca del Sacramento, y Martín Alonso la llama en nuestros días "la azafata del Sagrario". ¡Loor eterno, dice un autor, a esta extraordinaria mujer, a esta eminente gloria de la piedad, que colocó la caridad y el concepto de la virtud tan altos, que inmortalizó su nombre!



UN HOMBRE PARA TODOS LOS TIEMPOS

“La ciencia es buena para explicar las cosas de la tierra y los hechos cotidianos. Pero existen cosas y hechos que superan la materia. El hombre tampoco está hecho de la tierra. Bueno. El hombre es un ser de la tierra. Claro que sí. Todos somos de la tierra. Pero no sólo de la tierra. Platón dice que el hombre es una planta celeste cuyas raíces están arriba. No se puede comprender la vida de los hombres utilizando únicamente unas medidas destinadas a las cosas materiales. Las vidas humanas desbordan el marco de la materia. Un hombre no es una cosa. No es únicamente materia. Es algo más complejo... El hombre tiene una doble ciudadanía, en la tierra y en el cielo. Vive en el tiempo y también en la eternidad. Como dice Rilke: ¿Es un ser de aquí? No. Su rica naturaleza florece en los dos reinos. El hombre no es únicamente vecino de sus conciudadanos, sino también de los santos y de los ángeles” (Gheorghiu). Pocos hombres habrá habido tan encarnados en su tiempo, tan amantes de la vida, y a la vez tan desligados de las cosas, tan anclados en lo eterno, como Tomás Moro. Para él no existía la dicotomía agustiniana. Se sentía ciudadano de la ciudad terrestre y de la ciudad celestial.

* * *

Una pequeña chispa suscitó un gran incendio, decía el poeta latino. Y Dios se sirve muchas veces de causas pequeñas para conseguir grandes frutos. Dios no se presenta al profeta Elías en el huracán en la tormenta, sino en una leve y tenue brisa.

Tomás Moro es un humanista, acostumbrado a la lectura de los grandes clásicos. Pero cuando experimentó un *tremendo sobresalto* fue al caer en sus manos un libro en latín de Juan Pico de la Mirandola. “Sintió el *cambio de postura final* en una larga etapa de perplejidades sobre cuál sería el camino que buscaba”. La lectura de este libro, que contenía una biografía de Pico, compuesta por un sobrino suyo, y consejos para organizar la vida interior, subyugó a Tomás. Dios, dice Pico en su discurso sobre la Dignidad del Hombre, no puso al hombre limitaciones. Le dio entera libertad para querer y amar, y espera que se desarrolle, pues en él “están sepultados los gérmenes de una vida cósmica”.

Además de la *Vida* de Pico, Tomás tradujo otra obra suya, las *Doce Reglas*, “para despertar y para enderezar a los hombres a la pelea espiritual”. Con las *Doce Reglas* están las *Doce Armas* “que deben estar aparejadas cuando viene la voluntad de pecar”, y las *Doce Condiciones*, que comentaría Moro con otras tantas estrofas, inspiradas en una entrega total a Dios.

Tomás aprendió de Pico que su misión era transformar la sociedad en que vivía, cristianizando las empresas humanas y restableciendo el señorío de Cristo en el universo, no recorriendo el mundo, como soñaba Pico, sino iluminando cristianamente la sociedad que le rodeaba. No fue la vida real de Pico, que tanto dio que hablar en Italia, lo que impresionó a Moro, puesto que Pico, como su amigo Savonarola, era radical y maximalista, sino el carácter que trasciende su biografía latina. El *tremendo impacto* producido en su espíritu por el impulso de Pico, al traducirlo primorosamente al inglés, no le abandonó nunca.



Tomás es un mártir y un santo. Un padre y esposo ejemplar. Excelso humanista y juez recto. Una de las figuras cumbres de la historia de Inglaterra. Para los protestantes es uno de sus principales reformadores. Para los socialistas, precursor del marxismo con su *Utopía*. Para los católicos, fiel a la Iglesia. Atrae, pues, a todos, dentro y fuera de la Iglesia. Es un ejemplo valedero para nuestro quehacer actual. Un santo que ilumina en los conflictos político-religiosos. Su vibración y talla humana es un estímulo perenne. Su prestigio, dulzura y fortaleza subyuga nuestro espíritu. Su vida cabalga entre el Medievo y el Renacimiento, y sufre las crisis y tensiones del cambio. Su voz sigue gritando en tiempos de componendas y de connivencias.

Tomás Moro nace en Londres el 6 de febrero de 1478. Se ha celebrado —1978— el quinto centenario de su nacimiento. Su madre murió muy joven. En cambio su padre, que tuvo sobre él gran influencia, muere cuando ya Tomás tiene 50 años. En su *Vida de Eduardo III*, el Usurpador, consigna algunos recuerdos de su niñez. Mientras asiste a la escuela, se sucede la lucha por el trono entre las casas de York y Lancaster, llamada la guerra de las Dos Rosas. Entra como paje del Canciller y Arzobispo de Canterbury, el Cardenal Morton, en el palacio de Lambeth. Buen aprendizaje. Moro recuerda luego a Morton en *Utopía*. Moro era un hombre intuitivo, gran fantasía y sentido del humor.

A los 14 años va a estudiar a Oxford. Estudia griego y latín, hasta dominarlos perfectamente. Dedicó sus primeros versos latinos a Isabel, su primer amor platónico a los 16 años. Estudia Leyes en Londres, como pedía la tradición familiar, en las que también llega a sobresalir. Pero sin abandonar nunca sus aficiones humanísticas. Entra en contacto con los humanistas Colet y Grocyn, con el flamenco Egídio y con el español Luis Vives. Traba una amistad especial con Erasmo, que nunca se interrumpirá. “¿Ha creado la naturaleza cosa de mayor suavidad, dulzura y acierto que el ingenio de Tomás Moro?”. resumirá Erasmo sobre él. Según Luis Vives, el ensalzar las dotes de Moro —su agudeza, su juicio, su erudición, su elocuencia, su conducta, su modestia, su rectitud, su lealtad— llenaría volúmenes”.

Había cerca de Londres una Cartuja desde los tiempos de Enrique II y Tomás Beckett. Allí pasa Moro largas temporadas entre 1498 y 1502 estudiando su vocación, pero sin dejar su vida profesional y sus estudios. Quería entregarse a Dios en la vida monástica y renunciar al matrimonio que le atraía, pero no veía clara la voluntad de Dios sobre él.

Poco a poco, se convence de que no es su camino la vida religiosa. Quiere vivir la perfección cristiana sin apartarse del mundo, en una profesión civil. Estudiando la Ciudad de Dios de San Agustín, al que tenía gran afición, quiere ser ciudadano de la ciudad celeste, sin apartarse de la ciudad terrestre. Cinco años le cuesta decidirse. La caída en sus manos de la *Vida* de Pico de la Mirandola le iluminará y encontrará su vocación...

* * *

Para orientarse en sus problemas acudía a su director espiritual, Colet, sabio y discreto, y a veces a Grocyn. Era Tomás un hombre sencillo, piadoso y ejemplar, de "meditación profunda y acción larga". "¡Para que piensen algunos que sólo se dan cristianos en los monasterios!", comentará Erasmo. Como dice su biógrafo Harpsfield, será "un mensajero para los laicos", que sabe enfrentarse a los problemas de su tiempo con criterios cristianos.

Convencido de que su vocación estaba en el mundo, empieza a buscar esposa. Entonces compone en latín un poema, *Cándido, ¿qué esposa has de elegir?*, donde enumera las cualidades que representan para él la esposa ideal. No tarda en encontrarla. En 1504 se casa con Juana, hija de un granjero amigo, Juan Colt. Algo desplazada se sentía Juana en la City, mientras Moro y Erasmo hablaban juntos en latín y traducían del griego a Luciano. Pero poco a poco se va adaptando, a la vez que Moro se preocupa también de prestarle más atención. Pronto cuatro hijos vienen a alegrar el hogar.

Aparte de otros escritos de juventud, resultan sus *Epigramas*, que abundan en tres temas, muy del gusto de la época: la muerte y el desengaño de la existencia, la libertad política de los ciudadanos —Erasmo retrata a Moro como un hombre hambriento de libertad, que siempre odió de modo particular la tiranía— y la fortuna y azares de la vida, temas que recuerdan algunas de las *Coplas por la muerte de su padre*, de Jorge Manrique. Por este tiempo escribe Erasmo *Elogio de la locura*. Se lo dedica a Moro. Es una sátira despiadada de los vicios de su tiempo y en él quedan muy mal parados los clérigos. El estilo refleja su mal humor.

En 1511 muere Juana, la esposa de Tomás. La casa queda en desorden y con cuatro niños pequeños, por lo que pocos meses después toma como esposa a Alicia, viuda también. Pronto descubre Alicia que su marido usaba por camisa una malla de pelo, áspera e hirsuta, como penitencia para dominar las pasiones. Intenta conseguir del párroco y director espiritual de Tomás que no la use, pero no lo consigue. Alicia era desabrida. Moro la suaviza con paciencia. No tuvieron hijos, pero se quisieron. "Ya que no hemos podido vivir juntos los tres en vida, escribe Moro sobre sus dos esposas, que podamos al menos juntarnos los tres bajo tierra y en el cielo". En el conocido cuadro de Holbein se descubren con facilidad los rasgos del carácter de Tomás y su familia.

Moro compagina su trabajo con sus deseos de perfección interior. El cristianismo, dice, ha de empapar la vida familiar, los ocios, en una labor íntegra del hombre. No admitía dicotomías entre su actividad y su vida interior. Crece su prestigio. Se busca su intervención. Era abogado honesto y desprendido, vivía según sus convicciones religiosas. "Adiós, Moro, el mejor amigo que jamás tuvieron los pobres", se afirma en un drama compuesto en su memoria.

Exhortaba a los cristianos a tener visión de futuro. "No saben alzar la mirada a la lejanía, se quejaba al ver tanta apatía. Mientras tanto no deja sus aficiones literarias y escribe *Historia de Ricardo III*, sobre el que se basaría luego Shakespeare.

• • •

No podía Moro, ni por preparación ni por sentimientos, desentenderse de los problemas de la Corte y de su pueblo. Muy joven consigue ya en el Parlamento que se vote contra una contribución que pedía Enrique VII, cosa que enfadó mucho al anciano rey. En 1501 se celebra en la catedral de San Pablo la boda de Catalina de Aragón, la hija de los Reyes Católicos, con el Príncipe Arturo. Moro estuvo en la ceremonia y admira las prendas que adornaban a Catalina. Poco después muere Arturo y se planea la boda de su hermano Enrique con Catalina. De momento se pospone esta boda, pues Enrique VII, anciano y viudo, pretende casarse con Juana la Loca, viuda de Felipe el Hermoso, que no llega a realizarse. En 1509 muere Enrique VII y le sucede Enrique VIII. Ese mismo año Enrique VIII —19 años— se casa con Catalina —24 años. Hay un clima de alegría y de libertad con la nueva pareja real. Moro les dedica una larga oda.

Moro entra a prestar servicios a la diplomacia. En 1515 va en una delegación a los Países Bajos para revisar el convenio que tenían con Inglaterra. En Brujas conoce a Luis Vives. Allí planea *Utopía*, el libro que más fama ha granjeado a Moro.

Utopía es una llamada universal a reflexionar sobre las cuestiones sociales, contado en un estilo entre real e imaginario. "El libro es corto, mas para atenderlo como merece, ninguna vida será larga", afirmaba Quevedo. Se propone un régimen comunitario. sin propiedad privada, el ideal hacia un mundo mejor, de momento inasequible. Es una crítica de los Estados de entonces. No le entendieron. Otros sí le entendieron, como Vasco de Quiroga, "Tata Vasco", que siguiendo los criterios de *Utopía*, "inició un plan audaz de socialización cristiana en territorio mexicano".

Utopía "lleva de algún modo la impronta autobiográfica de su autor". Efectivamente, la vida de Moro puede definirse así: "metido en el mundo y entregado a Dios". Deja la idea de ingresar en una orden religiosa para buscar la perfección cristiana en el mundo. También los utopienses unen la vida activa y la contemplativa. Se ensalza la *obra bien hecha*, como algo enriquecedor de la persona, y el valor del matrimonio. "La lejana visión utópica del hombre casado, a quien se reconoce el derecho de aspirar a la perfección en medio del mundo, ha llegado a ser hoy en la Iglesia —en el siglo XX— un hecho gozoso, tangible y abierto a muchos padres y madres de familia".

• • •

En 1517 entra Moro en el Consejo Real. Va escalonando cargos importantes. Enrique VIII y Catalina le apreciaban mucho y le invitaban a sus tertulias, pues era muy ameno conversador. Mientras tanto, no descuidaba la atención a su hogar, su esposa y sus hijos, "la más deseable compañía", y no quiere "resultar un extraño en su propia casa". Se preocupa asiduamente de la educa-

ción cristiana de sus hijos, y de los estudios de sus hijas, adelantándose en siglos a su tiempo.

Moro asiste, acompañando al Cardenal Canciller Wolsey, a varias entrevistas con Carlos V. El rey le distinguía con su confianza, pero Tomás no se hacía ilusiones, pues conocía la versatilidad de la naturaleza humana. Europa estaba entonces revuelta por Lutero. Enrique escribe contra él, con la ayuda de Moro. El Papa nombra a Enrique "Defensor de la fe".

Para salir airoso de los enredos cortesanos, fomentaba su vida interior, practicaba retiros espirituales, escribía sobre el destino del hombre. En la vida, decía, somos *actores*. Un día hay que dejar la máscara, para comparecer ante Dios. Meditaba con serenidad ante la muerte. Cuando le llegó el momento, mostró su coherencia cristiana. Su empeño era santificarse con las tareas ordinarias, pero eso exigía un parón para zambullirse de lleno en las aguas espirituales. Es lo que hacía los viernes, empleados en devociones y prácticas piadosas.

Era un hombre bien templado y de carácter armonioso y agradable. Decía las cosas sencillas con seriedad y las serias con buen humor. Pero no era un humor agrio y burlón como el de Erasmo, sino delicado y moderado. Fácilmente pasaba de las chanzas a la seriedad, y hablaba a los amigos "con la mejor de las esperanzas en la vida futura". Su espíritu de libertad y de justicia eran el eje de su carácter. A todos protegía y ayudaba. "Nadie se despidió de él, aseguraba Erasmo, sin haber olvidado sus tristezas".

Era exigente y delicado con sus hijos, generoso con los criados, manirroto en socorrer a los pobres. Como abogado y Consejero real, defendió siempre a los más necesitados. En su casa había alegría, orden y responsabilidad. "Diariamente, nos cuenta, rezaba en familia por la mañana, y por la noche, antes de retirarse a la cama, iba con la mujer, con los hijos y con los criados a su capilla". Construye una capilla en su barrio de Chelsea. Le gustaba ayudar diariamente a Misa, asistía a las procesiones y peregrinaba a santuarios de Nuestra Señora. También hizo levantar un hospital para los necesitados.



En la Corte empezaba la inquietud. Catalina no daba hijos varones al rey, sólo una hija, María. El rey rompía con frecuencia la fidelidad conyugal. Poco a poco tomaba cuerpo el problema matrimonial, "el asunto del rey". Influye lo político —se va distanciando del Emperador— algo lo religioso, pero más como pretexto —apoyándose en el Levítico, decía que era nulo el matrimonio con la mujer de su hermano, y sobre todo lo pasional— el rey tenía amantes y Ana Bolena le trastorna. El rey consulta a Moro. Moro dice que no ve motivos de nulidad.

Entra por entonces en Inglaterra abundante propaganda protestante. El obispo de Londres pide a Moro que la contrarreste, y Moro escribe *Diálogo acerca de las herejías*, libro ameno y de nuevo estilo. Publica también *La súplica de las almas*, en respuesta de nacientes herejías, para defender la devoción a la Virgen, a los santos y a los ángeles, y en favor de las almas del purgatorio.

"El asunto del rey" se encrespa. El Canciller Wolsey cae. En 1529 Moro es elegido Canciller del Reino, encargado del Gran Sello. En mal momento le tocaba. Lo acepta como un deber moral, aun previendo los peligros. Resolvía

los asuntos con gran equidad, atendía a todos los desvalidos. "Inglaterra estaba de enhorabuena, porque no le podía haber tocado mejor juez ni más santo". Mientras externamente aceptaba los honores de su cargo, interiormente se sacrificaba y seguía con sus prácticas piadosas y visitas a los pobres. Nunca aceptó en su ejercicio regalos que pudieran quitarle libertad, y si algo aceptó fue para regalarlo a su vez.

El rey quería conseguir legalmente del Papa Clemente VII, débil y vacilante, la anulación de su matrimonio con Catalina, bajo pretexto religioso. La causa verdadera era la pasión hacia Ana Bolena, ambiciosa, carnal y sin escrúpulos. Para ello Enrique mueve todos sus peones: Compra teólogos y canonistas, y consigue, con la ayuda de su secretario, Tomás Cromwell, que se dobleguen a sus deseos los obispos y clero de Inglaterra que firman un documento de sumisión. Fuera de Inglaterra se oponen, como Francisco de Vitoria, desde Salamanca, que explica que el Levítico no da pie para la nulidad. Pero eso no le importaba nada al rey.

Ante tanta intriga y cobardía, Moro renuncia a su cargo, entregando el Gran Sello, en 1532. No quería cohonestar con su prestigio aquellos atropellos que llevarían a la herejía y al divorcio. "Todos están muy apenados con su dimisión, porque jamás ha habido ni habrá canciller tan honesto y cabal". Se queda sin recursos, se siente enfermo. Pierde además entonces a su padre, que siempre le había servido de apoyo y ejemplo. Pero crece en fe, esperanza, caridad y humor. Intuye persecuciones y martirio. Anima a los suyos y les habla del paraíso. Nunca le abandonó la ecuanimidad.

* * *

Escribe ahora su epitafio para "avezarse día a día a la idea de que la muerte se acerca arrastrándose sin tregua", y suplica las oraciones del piadoso lector para que "no tiemble ante el horror de la inminente muerte, sino que la acepte con alegría por ansias de Cristo, y para que la muerte no le sea cruda extinción, sino entrada a una vida más feliz". A sus hijos, cuando eran niños, les decía Moro que "al cielo no se va en cama de plumas". Había que luchar contra las insinuaciones del demonio. Ahora el demonio eran los herejes. No se cruza de brazos. Contra ellos escribe su *Diálogo y Refutación*. El cristiano no debe amilanarse jamás ante la persecución. Escribe su *Apología* y otros libros y respuestas en defensa de la verdad, urgido por su conciencia. En su trato con los herejes, era tolerante en el modo, pero muy seguro en sus convicciones. "Odio su vicio, no sus personas", decía.

El nuevo arzobispo de Canterbury, Cranmer, declara por su cuenta nulo el matrimonio con Catalina y se celebra en Westminster la boda con Ana Bolena, encinta ya. Moro no asiste. Ante tanta cobardía se yergue la suave y viril energía de Moro, que sigue luchando en continua vigilia desde su retiro de Chelsea.

Clemente VII condena el segundo matrimonio del rey. Enrique reacciona violentamente. Manda que se predique contra el Papa y se declara Cabeza de la Iglesia Anglicana. El clero, excepto Fisher, cede por miedo. Moro sufre y vigila. Se proclama el Acta de Sucesión, por la que se confirmaba la independencia respecto a Roma.

Moro es atacado, como árbol caído. Acata la autoridad civil del rey, pero no quiere ser infiel a su conciencia. Le juzga una comisión como recalcitrante en el "asunto del rey". Moro se mantiene firme, que era como firmar su sentencia de muerte. Tiene lugar ahora el caso de Isabel Barton, la monja de Kent, la Holy Maid —la santa Doncella, como la llamaba el pueblo— que decía haber tenido revelaciones de los daños que sobrevendrían a Inglaterra por el nuevo matrimonio ilegítimo del rey. Moro se desentiende de estas revelaciones, aunque quieren implicarle en ellas.

Moro es convocado a Lambeth, al palacio del arzobispo de Canterbury. Se niega con tenacidad y energía a firmar la parte religiosa del Acta de Sucesión, a pesar de las amenazas. Ve a los obispos, excepto Fisher, y a los clérigos que van a firmarla. La actitud de Moro subleva a Enrique, pues se negaba la persona de más categoría del Reino. Al no querer ceder, es enviado a la Torre de Londres. Era el año 1534.

* * *

Desde la Torre escribía a su hija Margarita: "Mi espíritu está sosegado. Que el Señor me conserve fiel y dócil. No ansío larga vida. Si mañana me llamase Dios, partiría contento". Margarita consigue permiso para visitarle. Antes de empezar la conversación rezaban juntos los siete salmos penitenciales con las letanías. La hija por piedad le pide que ceda. Moro dice que no se lo permite su conciencia, que bien quisiera complacer al rey, pero en este conflicto no puede ceder. "No podía poner en riesgo mi alma". Se producen los dolores físicos. Pero el abandono filial en las manos de Dios le consuela. Paz y serenidad.

Algunos firmaban con reservas mentales. Moro no lo admite. No podía servir a dos señores, negar a Cristo ante los hombres. A veces sentía miedo. "Pero confío que Cristo, como a Pedro en el lago, me echará su santa mano sosteniéndome para que no me ahogue en estos mares de tormento". Y termina Moro a su hija: "Si algo horrible me sucediera, rogad a Dios por mí, pero no os intranquiliéis. Yo rogaré de todo corazón por todos nosotros, para que nos juntemos más allá en el cielo, donde gozaremos por siempre jamás y nunca tendremos inquietud". Así se desahoga Moro con su hija en las cartas, y también en las visitas que ésta le hacía a la Torre, en prolongada conversación, de corazón a corazón. Algunos, ante estos diálogos, recuerdan el Criticón de Platón, en que Sócrates se despide de sus discípulos en la cárcel. Y el P. Bridgett comenta: "Dudo que haya una escena más noble en las *Actas de los Mártires*". Los detalles y confidencias que Margarita captó y vivió en la Torre, los recogió luego fielmente su marido Roper en la vida que escribió sobre Moro.

De la variada correspondencia de Tomás a su hija Margarita se podrían espigar hermosos pasajes, como cuando le escribe, antes de la prisión, que no sea tímida en pedirle, pasaje que recuerda la confianza que el cristiano debe tener en la oración: "Hija mía, me pides dinero con demasiada timidez, casi como si dudases. Sabes muy bien que tu padre está dispuesto a dártelo. Y a darte todavía mucho más de lo que tu carta merece. Sin embargo, te expido exactamente la cantidad que me pides. Me hubiera gustado añadir un poco más. Pero si me gusta dar, me gusta más todavía que mi querida hija pida

con esa gentileza que la caracteriza. Procura gastar cuanto antes ese dinero (estoy seguro, por lo demás, de que harás buen uso de él). Cuando antes vuelvas a la carga, más contento me pondré”.

* * *

“La soledad, las enfermedades, las tentaciones, la oración y la penitencia maduraban a aquel hombre, vigorizado en la fe e interiormente enardecido”. Permiten que le visita su mujer para que le convenza a firmar. “¿Qué hacéis aquí, le dice Alicia, conviviendo con ratas y ratones? En Chelsea tenéis una hermosa casa, biblioteca, libros, galería, jardín, huerta y vuestra familia”. Y el argumento más fuerte: Os negáis a firmar lo que todos los obispos y personajes de este reino han hecho. Tomás le respondió: “¿No se halla esta casa tan cerca del cielo como la mía?” Esta escena recuerda la amenaza que dirigieron a dos cartujos que tampoco quisieron ceder: “Si no os declaráis partidarios de la reforma, haremos que os arrojen al Támesis”. Ellos respondieron: “A nosotros lo único que nos importa es ir al cielo, y nos da igual llegar allí por tierra o por mar”.

Alicia no le comprendía. No era fácil entender aquella entereza. “La limpieza de mi conciencia —confiesa a Margarita— hace que el corazón me salte de gozo. He dejado todas las cosas al beneplácito divino, porque El ve mejor que yo mismo lo que me conviene”. No era ciega obstinación, sino confiado abandono en el Señor.

Escribe ahora *Diálogo del Consuelo en la Tribulación* sobre los peligros que entraña la invasión turca de Europa. Es un libro ascético que señala cómo vivir con Cristo en tiempos de persecución. Un libro válido para todos los tiempos. El libro está impregnado de honda esperanza en el triunfo final del cristianismo: “Quienes nazcan, luego que nos entierren a nosotros, verán tal placer y consuelo”.

* * *

Al principio tenía cierta libertad. Podía ir a Misa a la capilla y cuidaba de “ponerse en los días festivos la mejor ropa que tenía”. Vivía los tiempos litúrgicos, pasaba el día embebido en Dios y con la Biblia en la mano. Escribe un *Tratado* sobre la comunión sacramental y espiritual, y una *Piadosa instrucción* en la que dice: “Qué necio es evitar la muerte temporal para incurrir en la eterna. Pues con ello no evitamos siquiera la muerte temporal, la demoramos un poquillo”.

En 1534 muere Clemente VII. El Parlamento redacta el Acta de Supremacía. Se confirmaba al rey como Cabeza Suprema de la Iglesia Anglicana. Se publica el Acta de Traiciones contra los insumisos recalcitrantes. Confiscan los bienes a la familia Moro. Algunos cartujos se niegan a firmar. Son llevados a la Torre, condenados a muerte y ejecutados. Con este hecho como telón de fondo, Cromwell visita a Moro. Moro no cede. “Mi única ocupación será ya la Pasión de Cristo y mi propia salida de este mundo”. Maravilla el tesón y grandeza de alma de Moro.

Había escrito antes un *Tratado sobre la Pasión de Cristo*, y ahora redacta una nueva *Exposición de la Pasión*. No quiere dormirse como los apóstoles en Getsemaní, y oye una voz que le dice: “Agárrate al borde de mi vestido y de él